

Léeme

Humberto Martínez



Capítulo 1

Tres chicas y un escritor

[Primera parte: sopa de murciélago]

—Doscientos noventa y siete...doscientos noventa y ocho... doscientos noventa y nueve...

En un cuarto totalmente blanco, sobre el suelo (del mismo color) un joven se dedica a realizar pechadas. Con cada flexión la sensación de sofocación aumenta un peldaño más. Su cara está roja y ya tiene rato de haber sobrepasado sus límites, sin embargo, como si fuese un robot, sigue ejerciendo maquinalmente cada movimiento, de arriba a abajo, una y otra vez. ¿Por qué lo hace?

—Trescientos... Finalmente. Parezco un jodido preso.

El mundo, con sus billones de personas en constante movimiento, cual hormigas que van y vienen, caminando sobre una infinita telaraña de hilos, de repente se detuvo. Todo ocurrió abruptamente en pleno 2020, aunque si fuese necesario ceñirse (en estricto rigor) al orden de los acontecimientos, la génesis de una pandemia global empezó cual avalancha que inicia tímidamente desde finales del 2019, aproximadamente en diciembre o tal vez antes (¿en noviembre?).

¿En qué lugar del planeta se dio a luz a esta fatídica crisis? La respuesta no es simple, pero hay quienes creen que en las atestadas calles (llenas de personas y animales) de un mercado de Wuhan, provincia de la China comunista, (la cual no se debe confundir con Taiwán).

—Todo por una maldita sopa de murciélago, ¿quién se hubiera imaginado que el mundo se iba a ir al garete por una sopa? Aunque claro, el trasfondo es más complejo que eso...

Por algunos momentos, da la impresión de ser un león, de esos que tristemente se encuentran presos en los zoológicos y muy alejados de su majestuosa imagen, ahora se pasean obsesivamente de un lado a otro en la celda. El joven da vueltas en su cuarto, siguiendo una línea horizontal que recorre los extremos, en aquel entorno de suelo, muebles y paredes también blancas.

—Estaría en el gimnasio, y no haría ejercicio en casa, pero...ya nuestras vidas han quedado suspendidas, al menos de momento.

Curiosamente, nadie le acompaña, tal vez esté un poco chiflado o tenga la mala costumbre de «hablar consigo mismo». A riesgo de parecer un loco,

la disertación se extiende:

—Maldita sea, el comunismo siempre siendo la raíz del mal. En la dictadura china, en décadas lejanas acostumbraron por hambre (¿se dan cuenta de que el comunismo-socialismo siempre va de la mano con la ruina, la miseria y la inevitable hambruna?) a sus habitantes a consumir cualquier especie exótica con tal de llenar la tripa. Obvio, en circunstancias extremas, cualquier cosa que se mueva «pasa» con tal de no morir. Y ahora, gracias a ese estridente gusto por las sopas de murciélago, heredado de anteriores tiempos de escasez alimenticia, aquí nos hallamos ante la hecatombe. Un virus y todo se va al carajo. Damas y caballeros, el mundo se detuvo porque un chino consumió un murciélago y se infectó de un terrible virus tan contagioso como la idiotez.

Nadie responde —después de todo—, ese discurso no será escuchado por ningún espectador. La multitud si acaso, podrá ser imaginaria porque el único ser que respira en el cuarto blanco es él, Ramírez. ¿Está loco? Tal vez un poco.

El aburrimiento es uno de los peores males provenientes de la sapiencia. Los animales que viven insertos en la ignorancia, generalmente marginados de todas las grandezas del ser humano, sin embargo, se han salvado en alguna medida del discurrir sobre sentidos filosóficos de la existencia. Con sus pequeñas y no desarrolladas conciencias, ¿serán capaces de aburrirse a como les sucede a millones de seres humanos inmersos en brutales cuarentenas en pleno 2020? Seguramente no, y las ventajas no terminan acá, al mismo tiempo han escapado de las infinitas posibilidades para actuar de forma idiota que el hombre paulatinamente ejercita, —y sobre todo— cuando no encuentra qué hacer, a como lo verá Hugo Ramírez dentro de poco...

[Segunda parte: cualquier día es bueno para morir]

Ramírez debatía en su cueva (alcoba) cuáles serían sus actividades del día, ¿cuánto ejercicio?, ¿cuántos libros interesantes para aventurarse en el mundo de la ficción? Y una serie de acciones que traían la premisa de no desperdiciar el tiempo mientras estuviese encerrado. Después de un largo rato dándole vueltas al asunto, se dio cuenta de que era la ocasión perfecta para dedicarse con mayor afán que nunca a uno de sus pasatiempos que muchas veces se ve subrogado por otras cuestiones más urgentes: escribir.

Se situó frente a su laptop negra (color *dark midnight* de acuerdo a la descripción de la compañía) y allí estaba el teclado con sus luces de color escarlata, esperando a que sus dedos hiciesen la magia y una historia intensa, curiosa, o jocosa comenzase a desenvolverse, frente a sus ojos.

Pero nada sucedió.

—Joder, no encuentro de qué escribir, soy un escritor fracasado, esto no puede estar pasando. Un escritor que no sabe de qué escribir, esto es absurdo...

Y el debate se prolongó varios minutos, tal vez un cuarto de hora, hasta que una chispa de idiotéz le iluminó. Necesitaba inspiración, y la encontraría, a su manera (sonrisa maníaca y demencial). Se dirigió inmediatamente a la red social *Facebook* y buscó entre solicitudes de amistad de chicas a las que tuviese en el olvido, puesto que era costumbre suya nunca tratar de inflar sus números de seguidores en las redes a través de la aceptación de perfiles de personas que ni siquiera conociese. Prefería que sus contactos fuesen individuos que realmente hubiera tenido cara a cara, ya que no necesitaba poseer mil followers de los cuales fuese nada más que el comandante de un ejército fantasma o el pontífice de una caterva de desconocidos. Pero esto estaba por cambiar.

Dentro de la espiral de nombres y fotos, seleccionó a tres chicas, a las cuales escribió el extraño y críptico mensaje siguiente: «Tú no me conoces ni yo a ti, pero el virus ha creado un extraño destino que nos ha llevado a cruzar caminos. Hola». Dentro de la semi trastornada mente de Ramírez, se habían complotado una serie de locas ideas para proveer de una historia para contar: les escribiría a extrañas y vería en qué acababa esta peregrina aventura.

—Estoy seguro de que, con esto, sacaré algo de material para escribir, alguna inspiración tendrá que venir. Un escritor no es más que alguien que cuenta historias y necesito tener muchas experiencias, extravagantes o normales, curiosas o bizarras para nutrirme de ellas y tener ese insumo existencial para narrar sucesos a los demás.

Hablando consigo mismo, parecía tratar de convencerse de lo que estaba por iniciar, cuando de repente fue interrumpido ya que la primera contestación caía. Se trataba de chica #2 (por cuestiones de practicidad, le había asignado números a cada una). El combate comenzaba y no con buen pie, pues resultó que chica #2 era una muchacha intensa, que rápidamente trató de convertir el saludo en una batalla de egos:

—¿Quién eres y por qué me escribes? No recuerdo haberte mandado ninguna solicitud de amistad.

Pero Ramírez sabía exactamente cómo lidiar con este tipo de féminas. Había que desarmarla y evitar una confrontación directa con el mejor estilo posible, así como un torero evade a un enfurecido animal. Y claramente, este operativo requería una respuesta jocosa, llena de buen humor, aparejada de una actitud fresca. La dosis del medicamento perfecto para lidiar con la chica #2, quien estaba más que dispuesta a

dejar muy en claro que a pesar de su solicitud de amistad, no podía ser tratada como una «ofrecida».

Por tanto, desviando totalmente el asunto en torno a la creación de una batalla de egos, Ramírez se dedicó a bromear con ella acerca de la pandemia y el encierro que nos aburría tanto a todos los mortales, y cómo todo iniciaba gracias a una sopa de murciélago según algunas teorías, que cualquiera tomaría como un guion de película bastante loco, salvo que ahora se desenvolvía en la realidad. Le comentó a detalle la pintoresca teoría de la sopa de murciélago, lo cual le hizo ganar muchos puntos, al mostrarse como un catedrático interesante.

Al principio, chica #2 se mostró bastante seria, como si la vida le fastidiase, o como si ella viniese de la realeza y tratar con plebeyos fuese solo una caridad propia de una princesa muy atareada, que de mala gana otorgaba un poco de piedad de vez en cuando. Pero poco a poco fue soltándose y permitió que el humor se deslizase, probablemente sin advertirlo, en su muro egocéntrico. Sin percatarse, pronto conversaba con Ramírez, como si se tratase de un viejo amigo. Pequeños brotes de confianza comenzaban a nacer. De alguna manera que no entendía, aquel muchacho se había ganado su simpatía, a su pesar.

Hugo, tenía muy claro que había llegado el momento de atacar, era ahora o nunca, pues ya había transformado el ambiente hostil inicial, y necesitaba mantener el show en movimiento, sin perder impulso. Haciendo de malabarista, trató de soltar una pesada bola lo más sutil que pudo, y transformado repentinamente en un elefante que caminaba sobre un hilo, hizo la pregunta fatal:

—¿Te gustaría quedar para platicar un rato?

Tras un largo silencio, finalmente chica #2 respondió:

—Hoy estoy de buen humor, ¿qué día nos vemos y dónde? Te has ganado la lotería.

Y así, comenzaron los hilos finales de la telaraña a quedar cada cual, en su lugar, pero no había tiempo que perder, porque enseguida caía un mensaje proveniente de chica #3:

—Hola, ja,ja,ja. ¿Qué tal?

«Acaba de sonar la campana y ya me están llamando de regreso al centro del cuadrilátero, un poco más de tiempo réferi, que no quiero quedar noqueado», pensó Ramírez. «Bueno, al menos con este primer mensaje no se advierte que vaya a haber mucha sangre...», siguió razonando, tras

lo cual se lanzó al ring, respondiendo casual y con buena vibra:

—Pues todo lo bien que se pueda estar, encerrado por una pandemia global, ¿y tú?

Pronto comenzaron una serie de intercambios impregnados de aparente tranquilidad entre chica #3 y Hugo. Al parecer era una fémina apacible, con una personalidad verdaderamente digna de un cuento de *Disney*. No mataría ni una mosca por pesar de acabar con una pequeña vida. A medida que parloteaban, chica #3 se interesó mucho por conocer a su desconocido y nuevo «amigo». Pronto, a razón de que ganaba confianza, sorpresivamente sacó la metralleta y comenzó a bombardear con preguntas a Ramírez, quien se dedicó a esquivar las balas, morteros y bombazos, cavando trincheras, moviéndose como un tigre agazapado en el terreno, y evadiendo las preguntas lo mejor posible. En este momento se dio a la tarea de calibrar lo mejor que sus felinos sentidos le permitieran para salir bien librado del examen, respondiendo aquello que consideraba necesario, obviando lo que no lo fuese y dando oportunas, curiosas y hasta chistosas respuestas.

Concentrado a como estaba en el interrogatorio, en el que chica #3 sostenía su rifle de francotirador y le mantenía la mira fija en la frente, —dispuesta a disparar en cualquier momento—, recibió inesperadamente un mensaje proveniente de chica #1:

—Hola, pues esta cuarentena me tiene jodida como al 99 % de la población del planeta... Muero de aburrimiento, ¿te atreves a quitármelo?

A Hugo le pareció una contestación bastante alocada y curiosa. «¿Y cuál sería ese 1 % de la población que no estaba fastidiada por la pandemia?», se preguntó. Luego se dio a la tarea de enfrentar en el ring, a sus dos rivales, al máximo de sus capacidades; responder como un espía profesional las inquietudes de chica #3 y al mismo tiempo, lanzar comentarios iguales o más alocados hacia la curiosa y extraña chica #1:

—Me atrevo a quitarte el aburrimiento, solo si vos te atreves a quitármelo a mí...

¡Zas! El enganche había sido perfecto, la locura de chica #1 había sido correspondida con los desvaríos de Ramírez, y como dos lunáticos que se enlazan en la misma sintonía, todo marchaba bien, al ritmo de música clásica frenética (*Las cuatro estaciones*; *Verano*, del genio Vivaldi). Ahora solo faltaba finiquitar los detalles de esta ópera, había que señalar un horario y lugar de encuentro con todas ellas, pues en una tertulia de dos horas, había conseguido orquestar tres citas, en una inolvidable cháchara, teatral y divertida. No necesitaba extender las comunicaciones más, pues

acostumbraba hablar solo lo necesario, ya que: «Menos es más».

La arena de combate, elegida por Hugo, fue Metrocentro, aquelarre de jóvenes universitarios por su cercanía con diversas instituciones educativas y su buena ubicación en la capital. Varias estaciones de buses cerca le hacían la elección perfecta como epicentro del *rendez-vous*, con las muchachas. De tal manera que se fijó el horario siguiente: a las 11 a.m., asistir a la heladería del primer piso (famosa por sus sabores llenos de mezclas dispuestas al antojo y creatividad de los clientes) con chica #2 (la orgullosa), programada para durar una hora, luego almuerzo (¿pizza?) con chica #1 (loca aventurera), y finalmente, ir a comer churros de rellenos dulces al lado de la apacible chica #3, a lo cual acompañaría con una caminata por el mall. ¿Tal vez observar uno que otro libro en los escaparates de las librerías del segundo piso?

De alguna extraña manera, había conseguido apuntarse tres citas para un mismo día, en un mismo lugar... ¿Qué tanta suerte puede tener una persona? En aquel momento nuestro Casanova pensó que probablemente se estaría gastando toda la buena ventura de su vida, pero ahora ya no era tiempo de retroceder ni lamentar nada...

En momentos en los que las personas prudentes se resguardan en sus carcelarios hogares, allí estaba él, citando a tres personas al peligroso mundo exterior, en el que un enemigo invisible se esparcía sin que nadie (nótese el énfasis, ¡nadie!) hubiese podido controlar su peligrosa y vertiginosa propalación. ¿Cuántos habrían muerto ya? Sin imaginar que el fin se acercaría por un simple contacto, tal vez un apretón de manos, un simple roce en la cara con los dedos o cualquiera de las mil formas que existían para pescar el pernicioso bicho.

La duda comenzaba a sembrarse en su mente, cual planta que echa raíz y crece, abriéndose paso en su entorno. ¿Tal vez era una mala idea salir a ese vil y miserable mundo exterior para matar el aburrimiento? ¿Acaso no se había vuelto tácitamente ilegal el tener citas ante las circunstancias presentes? Pero una frase que chica #1 mencionó, sorpresivamente cayó en su mente, como un rayo, que en medio de las chispas destruyó por completo cualquier resquicio de vacilación, —las hojas y raíces quedaron fulminadas—: «Cualquier día es bueno para morir».

[Tercera parte: el número de la suerte]

1

Sentado en una banca, en la primera planta de Metrocentro, se encuentra un muchacho vestido de negro; porta una chaqueta, jeans, y zapatos converse, todos del mismo sombrío color. Parece bastante tranquilo, como si disfrutase del silencio. En esta pintoresca escena, parece ser que él es el único ciudadano que deambula por el laberinto del centro comercial. A

simple vista, no se puede apreciar a nadie más. Muchos de los locales están cerrados y tal vez haya más trabajadores que clientes.

Aparte de este sith, ¿cuántas personas estarán paseando, comiendo, o comprando en aquel centro dedicado al esparcimiento? Seguramente, muy pocas. Por lo que él —Ramírez— parece disfrutar de un mutismo prolongado, casi ininterrumpido. De vez en cuando dirige su mirada hacia su muñeca para ver la hora, ya que la muchacha por quien espera no debería tardar en venir: chica #2.

Como si se tratase de un campo de batalla, se aseguró de llegar antes al lugar estipulado, sin embargo, tomó una posición curiosa. Su trinchera le permite observar a quienes se acerquen a la heladería, no obstante, no está lo suficientemente cerca para que alguien se dé cuenta de su presencia, a no ser porque esta persona se tome la molestia de buscarle o revisar minuciosamente cada detalle del lugar.

Dan las once en punto, y de repente, allí, embutido en su banca, Hugo ve a una chica a lo lejos, que rompe el silencio con el golpeteo de sus tacones. La morena camina despacio, como si buscara a alguien —sus colochos se mueven de un lado a otro— mientras escarba el lugar con su mirada. Se nota que chica #2 es bien coqueta, piensa Ramírez, analizándola a la distancia como un halcón, que todavía no ha sido descubierto: «Me gusta ese vestido negro. Nos veremos como esas parejas ridículas que deciden vestirse uniformados».

En cualquier momento le encontrarán, por lo que nuestro hombre de negro, se levanta sigilosamente y realiza una retirada táctica, mientras sigue observando su reloj. Se aleja dando la espalda y la morena no le atrapa con sus ojos café oscuro, ya que dirige su mirada hacia la entrada. Hugo se sitúa tras una esquina, y sigue muy pendiente de los bonitos números romanos grabados en su fiel compañero. Tic, tac, tic, tac, ya casi es hora, pues desde antes ha planificado hacer esperar cinco minutos a su primera cita del día, ya que no quiere quedar como un tonto puntual. Necesita que ella le espere esos minutos, y que con cada segundo su ansiedad suba, y se haga una sola pregunta: «¿Dónde está Hugo?», de manera que crezca la expectación, generando un clima oportuno para su aparición, con apenas cinco minutos tardíos, que le permitirán tener un terreno predispuesto para ser recibido con mayor entusiasmo.

Evidentemente, si se nos hace esperar un poco, eso nos crea expectación, pero si se ocupa mucho tiempo, más bien la espera y el deseo de ver a alguien, pueden dar paso a emociones negativas como el enojo. Por eso Ramírez, calcula con bastante precisión sus cinco minutos, y pasados estos, se lanza como un águila sobre su presa:

—Manos arriba, esto es un asalto — bromea mientras se aparece por la espalda de chica #2—. ¿Qué tal? Espero no haberte hecho esperar mucho.

—¡Ay! No me des esos sustos (itonto!) —sus colochos se alborotan mientras se da la vuelta—. Pues estos cinco minutos que me has hecho esperar, te van a salir caros, necio.

Enseguida platican un poco, al principio como dos extraños, y luego de quince minutos como personas más cercanas... Hugo sabe que debe romper el hielo del primer encuentro, así que utiliza una de las herramientas más sencillas y efectivas para ganarse el favor de alguien: lanza un cumplido, pero no uno hacia el físico de aquella morena guapa, porque a como ya pronostica por su elevado ego, ella es una chica muy acostumbrada a esta clase de elogios: «¿Para qué recordarle lo atractiva que es, a una mujer que ya está muy consciente de esto?», se pregunta.

—Sabes, me encanta que seas alguien puntual. A pocos individuos les puedo decir eso, pero estuviste aquí justo a las 11 a.m., en este país repleto de irresponsables que no conocen el respeto hacia el tiempo ajeno, eso dice mucho de ti.

Y funcionó, aquella triquiñuela operó de maravilla. Acostumbrada a como estaba chica #2 a esos gusanos que se babeaban mientras usualmente arrojan cavernícolas cumplidos sobre su cuerpo, ahora sentía que estaba conociendo a una persona distinta, lejana de esas hordas de simplones.

—Pues bueno, ¡qué puedo decir! Siempre estoy pendiente de la hora, por cierto, tú llegaste tarde, me tuviste cinco minutos esperando. ¡Malvado!

—Hablando de tiempo, creo que ya es hora de probar esos deliciosos helados, te recomiendo mezclar el chocolate blanco, con fresas y almendras. Es una combinación perfecta.

Estando en el puesto, aquella morena se emocionó con tantos y variados ingredientes: frutas, chocolates, siropes... Pero viendo fijamente a la cara de Ramírez, por unos segundos se queda pensativa, contemplativa, y finalmente ordena la sugerencia de aquel joven de colochos castaños (a diferencia de los suyos, que son negros).

—Uff, esto está buenísimo, me encantó tu sugerencia, señorito de luto. ¿Siempre vistes de negro?

—Lo mismo podría decirse de ti, pues también vas de negro —respondió Ramírez, mientras esbozaba una sonrisa—. Me alegra que te haya gustado. ¿Qué tal si nos vamos a sentar a unas bancas en las que se puede observar una bonita fuente?

—Me parece perfecto y pues, tremenda coincidencia que ambos vayamos de negro, generalmente mis vestidos son de color blanco. El negro es el

color de los espías y agentes, ¿eres uno?

—Si te digo que sí, ¿seguiría siendo un espía?

Ambos rieron y se dirigieron a las bancas, donde podían escuchar el lento caer de las pequeñas gotas provenientes de una fuente bastante cercana en la que se disparaban delgados chorros a unos dos metros de altura. Estaban ubicados en filas de manera que cuando el agua brotase, parecía crearse la ilusión de un muro, uno efímero y refrescante, pues una leve brisa era impulsada por algunos escasos metros.

En algún momento de la tertulia, las murallas de chica #2, aquella morena orgullosa, que de alguna manera había aceptado esta cita, terminaron por sucumbir, ante unos sentimientos que de la misma manera que la fuente actuaba, contradecían la gravedad, y en el caso de ella, dinamitaban sus defensas. No se dio cuenta cuándo fue que decidió involuntariamente eliminar la barrera de la distancia, y pronto sus hombros rozaban los brazos de Hugo.

Se dejó llevar y apoyó su cara en él, ladeándose, y contemplado serenamente el bonito escenario; los rayos del sol caían directamente y generaban pequeños arcoíris en la fuente... Si no hubiera sido tan orgullosa, en ese preciso momento, se hubiera dado la vuelta y le habría dado un delicado beso en la mejilla al caballero de negro. En su lugar, notó que este observaba su reloj, pues ya faltaban cinco minutos para las doce.

Ramírez estaba en aprietos, pronto vendría chica #1, y no se le ocurría ninguna manera de despachar a chica #2. ¿Qué hacer? ¿Se volvería un mentiroso con tal de salir de esta? Bueno, más mentiroso de lo que ya era... Decidió tras algunas cavilaciones y tras notar el rostro serio de chica #2, una movida nada suave ni calculada:

—He disfrutado mucho todo este rato, pero ya van a ser las doce y tengo un compromiso. Debo irme... La he pasado tan bien que ni me he dado cuenta que ya era medio día, lo lamento.

Chica #2 no se lo tomó nada bien, se apartó bruscamente, y luego le tomó del brazo:

—Primero me haces venir hasta acá, y después ya te quieres ir... Hay tanto de lo que todavía no hemos hablado. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Crees que soy tu juguete?

—No es eso... Lo que es pasa es que...—no ha terminado de hablar cuando la morena le interrumpe intempestivamente su siguiente frase—

Yo...

— ¡Yo nada!, ya te entretuviste lo suficiente conmigo, y ahora ya te vas ¿no es así?

«Quien se lo hubiera imaginado, la reina del hielo, en realidad era la fémina más intensa del planeta, ahora me la vas a liar a lo grande, ¿no? Nada de lo que diga podrá calmar a esta chica», pensó Hugo, que estaba tratando de procesar una respuesta lo más conciliadora y razonable posible, hasta que vio a lo lejos una figura que le dejó pálido. Dirigió su mirada al reloj y este marcaba: 12:05. «¡Mierda!».

2

La mitad de su largo y liso pelo, de color rojo, ondeaba al vaivén del viento, mientras que la otra porción —intenso lila— estaba muy quieto, pues unas manos demasiado blancas lo domaban, y lo resguardaban de cualquier brisa con un extraño y repetitivo movimiento serpenteante, parecido a esos que ostentan las personas aquejadas con trastornos obsesivos-compulsivos, y que no las dejan estarse quietas, siempre removiendo o sujetando algo con sus frenéticos dedos.

Chica #1 caminaba firme, sin dar un paso en falso, a un inquietante ritmo; ni muy rápido ni muy lento, simplemente a una rara y perfecta cadencia. Otra persona pensaría que era algo ensayado, pero a los ojos de Hugo se miraba muy natural. Las retinas de aquella Blancanieves punk —una verde y la otra café (usaba lentillas que le proporcionaban este estrafalario look)— se clavaron en Ramírez al instante.

Bizarramente, o tal vez respondiendo a un sexto sentido propio de las mujeres, chica #2 percibió que la mirada de Ramírez de repente se había fijado en algo, o más bien en alguien, con cierto asombro incluso, por lo que se volteó —siempre, sin soltar a su rehén— y no tuvo tiempo de reaccionar ante la siguiente escena:

¡Clap! Aquella muchacha, con una apariencia extravagante y alocada se lanzó como una fiera y le propinó tremenda cachetada a Hugo, quien la hubiera podido esquivar, pero por alguna razón solo se quedó quieto (¿se lo merecía?).

—Maldito perro, me haces salir en medio de una puta cuarentena y qué me encuentro... Ya hasta traía labial con sabor a fresa para unos buenos besos. ¡Vete a la mierda!

Y tan repentina como fue su aparición, la alocada muchacha desapareció. Se fue caminando, como si fuese una súper modelo, como si hubiese nacido para las delirantes y pintorescas pasarelas en las que se ocupa todo tipo de accesorios y vestimentas, que nadie en la vida real utilizaría,

a menos que no se tuviese uso de razón, o se cargase un pésimo gusto de la moda.

Por un minuto reinó el silencio, y fue Ramírez el encargado de romperlo, pues chica #2 no se atrevía a decir nada, mientras resolvía el acertijo de todo lo que había acontecido:

—Bueno, parece que ya no tengo el compromiso de las doce, podemos seguir hablando si quieres...

Era su declaración humorística final, algo así como si el capitán del titanic decidiera echar un último chiste antes de que el barco se hunda por completo. Se reía de su tragedia, de su rocambolesco final para tal peregrina aventura. «Menos mal no había gente, se hubieran cagado de la risa con esta escenita digna de una telenovela», pensó.

La morena, que llevaba un elegante vestido color carbón, el cual parecía acompañarle perfectamente con el luto de sus sentimientos, se puso de pie. Al principio no respondió, pensó en tirarle una cachetada e hizo el ademán, pero se detuvo ya que un sentimiento de lástima pudo más que su enojo: la cara de Hugo ya estaba roja.

—Parece que nada te quita lo payasito, adiós.

3

Quieto como una gárgola, y pensativo, se puede apreciar a un joven que da la impresión de meditar cuál será su siguiente movimiento, como si fuese un estratega de guerra o un consultor de una empresa, que debe tomar una decisión para domar a la bestia del mercado. Con una de sus mejillas coloreada en rojo, por unos segundos se pasa la mano suavemente por la cara y luego se muestra decidido, ya sabe qué va a hacer.

Hugo deja de calcular dónde estuvo el error, y decide dejar el pasado tal cual, en el ayer, incluso si la escena ridícula acaba de acontecer hace apenas unos diez minutos. «No hay escapatoria, el presente es lo que importa y lo que ya sucedió no va a cambiar», piensa. Luego, comienza a caminar (o más bien a vagar como un errante) por el desértico mall; «Circulando me vuelvo más creativo y pienso mejor», se dice a sí mismo.

Actualmente, está en una encrucijada pues las citas con chica #2 y #1 se han ido al carajo, pero todavía falta el epílogo de esta aventura: chica #3. Aquella dulce muchacha que se mostró muy curiosa y preguntona, como si fuese una fiscal con ávido interés en interrogar a su imputado. Ramírez ve su reloj, y apenas marca las 12:30, por lo que todavía falta media hora para que aquella fémica hiciese acto de presencia. ¿Y si le decía que mejor no llegase, para acabar con las locuras del día? ¿O cínicamente

trataría de actuar normal, como si nada hubiese pasado, contando alguna locura para justificar su actual aspecto? ¿Qué hacer?

Siguió caminando y a medida que el tiempo transcurría, se le ocurrieron una y mil historias para justificar lo que había pasado: «Antes de que preguntes algo, tengo la cara roja porque un rufián quiso asaltar a una abuelita y me metí para ayudarla» (quedaría como un héroe), «me gustan los deportes extremos, y este golpe es una muestra de ello», lo cual tal vez no reñía mucho con la verdad, pues aquellas últimas horas de la mañana habían sido un ejercicio de alto riesgo. O tal vez: «Me caí tratando de rescatar a un gatito» (esta opción era demasiado buena).

En medio de sus abstracciones, pasó frente a una librería, y viendo su reflejo en el vidrio, pensó: «Ya dejemos de hacer perder el tiempo a los demás, no necesito tenerme lástima, la verdad es que esta idea desde un inicio ha sido un castillo de arena, sin comienzo ni final, que a la menor ventisca iba a caer». Tomó su celular y quiso llamar a chica #3 para que ya no viniese, pero ya era demasiado tarde, su reloj marcaba las 12: 59. Ni siquiera había almorzado.

Después de todo, todavía había un lapso de un minuto para irse y dejarla plantada, pero: «Existe un límite para lo idiota que se puede ser en un día». Por lo que buscó un asiento, en una cafetería al aire libre, que quedaba en frente de la librería. «Libros y cafeterías, son una combinación perfecta». Se distrajo leyendo un rato, mientras a sorbos lentos, consumía su frappé, pues no tenía prisa. Su reloj marcó las 1:15 y no había señales de vida por parte de chica #3. ¿Y si no va a venir?, pensó.

Le parecía el final perfecto para aquel día, en el cual las dos primeras citas (si es que se puede contar con la cachetada como una) terminaron en un fiasco. Ahora quedar plantado era la finalización perfecta por antonomasia. Hugo terminó su frappé y se fue a la fuente, (le gustaba mucho ese lugar). Se durmió un rato, sintiendo la brisa refrescante en la cara y escuchando con sus auriculares música instrumental. Cuando volvió a sus cinco sentidos, supo que había sido sustraído de lo que sea que estuviese sucediendo en su mundo de los sueños, ya que sintió una mano que le quitaba uno de los auriculares de la oreja. No de forma brusca, sino gentil y delicada. Era chica #3, parecía un ángel, con sus mejillas rojas, y sonriendo, a la vez que decía:

—¡Hola! Perdona la tardanza, tuve un contratiempo. ¿Qué te pasó? Tienes marcada una mano en la cara, déjame ver...

Y se acercó, cada vez más, sin importarle que, en tiempos de pandemia, lo mejor era guardar distancia con todos...

—¿Ya te pusiste hielo o algo? Vamos a la farmacia.

Hugo, que estaba mudo como un gato, hizo un gesto de que todo estaba bien, sacudiendo las manos como si con ese movimiento cualquier problema desapareciera...

—Hola...Pues resulta que me dieron una cachetada (y bien merecida) pero es una historia larga de contar, lo que pasa es que...

—No importa— se adelantó aquella muchacha de complexión delicada, con cabello castaño-rubio y pecas en la cara—. Tú cuéntame.

Y Ramírez dijo todo lo que había sucedido, desde el primer día en el que se le ocurrió la extravagante idea de tener tres citas con personas desconocidas en un solo lugar, y cómo quería tener una historia para escribir. No tuvo prisa, pues contó todo el relato con sus matices y bemoles, sin que chica #3 en ningún momento hiciese algún intento por interrumpirle. En algunas partes, arrugó la cara, parecía enojada pero luego, llegando a los momentos finales de la crónica, que se retrotraían hasta hace apenas una hora, terminó por reírse, restándole importancia a todo. Finalmente, tras haber escuchado cada palabra o nota musical de ese bochornoso relato, se produjo un silencio de un minuto que se vio finiquitado cuando la señorita de las pecas y lunares preguntó:

—Dijiste que a cada muchacha le habías asignado un número, ¿cuál era el mío?

—El tres (el número de la suerte).

Capítulo 2

Morirse por cuatro pesos

Existen tantas macabras formas de morir, sin embargo, pocas tendrán un precio tan barato como el que concierne a esta bizarra historia. ¿Puede la muerte ostentar un valor monetario? ¿Puede ser uno módico?

La acción toma lugar en Linda Vista, una creciente área urbana dentro de la capital. Originalmente, constituida por zonas residenciales (hace treinta años), desde la última década se observan numerosos cambios a favor del comercio. Los hogares, dan lugar a pequeños negocios, que crecen y terminan dando un aire a mercado, antes que a ciudad.

Pequeñas ferreterías, laboratorios para exámenes médicos, casinos de poca monta, panaderías, farmacias, y un sinfín de puestos, pululan entre las viviendas. Nuestra historia, sigue el hilo de un local en particular, se trata de la pequeña tienda de abarrotes de don Alfonso y su esposa, María del Socorro, mayoritariamente conocida como doña Coco.

Ambos bien entrados en su sexta década de existencia, sobreviven gracias a esta pequeña tiendita, en la que atienden a numerosos habitantes y vecinos de Linda Vista en sus deseos de comprar rápidamente una variedad de productos: saldo para los celulares -los jóvenes siempre necesitan estar conectados a los servicios de internet-, productos alimenticios básicos (panes, bebidas, golosinas, entre otros) además de objetos dirigidos a la higiene corporal (cremas, shampoo, jabones, solo por nombrar algunos). No pensaron mucho ni gastaron mil neuronas en el nombre del lugar: "La tiendita".

Usualmente, quien recibía a los clientes era doña Coco. En estricto rigor era verdaderamente la comandante del lugar, mientras que su esposo Alfonso, actuaba como alguna especie de lugarteniente, dispuesto a seguir las órdenes de arriba. Doña Coco, hacía especial hincapié en un estricto control de las cuentas, pues vivía regañando y desconfiando de su pareja: "Si dejara esto a cargo de mi inútil marido, en un mes los números pasarían a estar en rojo", decía mientras imaginaba a don Alfonso, vendiendo productos por debajo del precio real, confundiendo billetes y anotando mal las cuentas de los fiadores, que ella jamás atendería. "Malditos rufianes, en mi vida dejaré escapar un préstamo, a esa gente vividora, ratera, sin vergüenza, que incluso manda a sus hijos a pedir" razonaba, e incluía en sus conclusiones: "Como si no supiera que nunca van a pagar, pero a mí no me verán la cara de estúpida, como al tonto de Al".

Dispuestas, así las cosas, doña Coco era una celosa guardiana de La tiendita, motivo que explicaba por qué su negocio había operado durante

tantas décadas, y todavía seguía a flote, a pesar de las constantes crisis del país, y de las habladurías de la población, que la tildaba de vieja amargada, absolutamente tacaña y de mano dura. A ella nada de eso le importaba: “Yo no como ni respiro lo que piense la gente envidiosa, prestamista y arribista”. Su larga letanía incluía el dicho: “Les das la mano y se te quieren agarrar del codo”. Si hubiera nacido en años más actuales, tal vez se habría tatuado ese refrán en la espalda.

Un viernes, que no era trece, pero sí trágico, se encontraba doña Coco almorzando gallopinto, plátano cocido y frijoles, junto con un mar de arroz. «Jodidos carbohidratos», pensaba la señora mayor, mientras agregaba una rebanada de pan a su almuerzo: «Son ricos y condenadamente buenos para engordar». A su lado, almorzaba Alfonso, quien parecía un zombie, atento única y exclusivamente a la televisión, en la que el noticiero del mediodía bombardeaba con imágenes de accidentes vehiculares, asesinatos y robos callejeros, en una amalgama de cuerpos mutilados, sangrantes y golpeados. Definitivamente, el amarillismo vendía. La reportera de turno -que bien podría trabajar como modelo también-, se vio interrumpida sorpresivamente por una voz chillona:

—¡Bueeeenas!

Si había algo que repugnaba e incendiaba el espíritu de doña Coco, era ser molestada mientras comía. Por alguna extraña razón o malicia, muchos clientes parecían conspirar para acudir a mediodía a comprar algún refresco o cualquier cosa, con tal de fastidiar, con necia constancia. Antes de que su esposa se levantase, transformada en una furia, don Alfonso salió de su letargo en el que observaba fijamente a la comunicadora de Acción 9 cuyo escote parecía estar presto a reventar en cualquier momento. «Los hombres somos estúpidos y los ratings lo demuestran», sopesaba el señor.

—Yo voy Coquito. No te muevas.

—Bueno —respondió a secas, en un español casi ininteligible, mientras masticaba. Sus ojos comenzaban a brillar, con cierta molestia.

Luego de diez minutos, don Alfonso regresaba al comedor tras vender una Coca Cola de dos litros. Sin problemas, esta gaseosa hubiera podido ser catalogada como la nueva bebida nacional, y esto no daría pie a ninguna oposición. Los ciudadanos la bebían con una intensidad que ya rayaba en la adicción, y muy por encima de brebajes típicos -y milenarios- como el tiste o el cacao. Parecía que las tradiciones estaban destinadas al abandono.

—¿Cuánto te dieron de vuelto? —preguntó doña Coco, en su tono

inquisidor. Agregó:

—Recuerda que ya le subimos el precio a las gaseosas.

Su esposo, que no era muy dado a las matemáticas, quedó viendo al vacío mientras hacía cuentas, y dijo como quien sabe que cometió un error, pero uno pequeño:

—Rayos, se me olvidó. Le he dado cuatro pesos de más. Ni modo.

No había terminado de hablar, cuando doña Coco -sufrida una metamorfosis- se levantaba del comedor, y con un bocado de plátano en la boca, corría a la calle, desesperada. Ya en la entrada de La tiendita, vociferó a todo pulmón, sin siquiera haber masticado:

—Oigaaaaaa, regreseeeee, ifaltan cuatro pesos!

Don Alfonso quiso calmar a su esposa, dando por irrelevante que valiese la pena gritar en la calle, sin siquiera terminar de comer, por unos miserables cuatro pesos, pero sabía que su esposa no se quedaría de brazos cruzados. Aunque de repente notó que ella se callaba, y hacía muecas.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa Coquito?

A la señora se le había atorado en forma horizontal, un gran trozo de plátano, que le impedía respirar, por lo que estaba presentando un caso de asfixia. Lo que pasó después, fue una mezcla de ineptitud con mala suerte. Alfonso no supo qué hacer, ni tenía conocimiento acerca de maniobras para aplicar en semejante circunstancia. El miedo lo paralizó, y lo único que pasó por su mente fue acudir a un hospital.

A las 12:45 p.m., un doctor apuntaba la hora exacta de defunción de la veterana María del Socorro. «Causa de muerte: asfixia, causada por un alimento atorado en el esófago». Desde ese día, el doctor Armando Juárez, no volvió a comer plátano cocido, sin cortarlo en pequeñas rebanadas, tras presenciar el cuerpo morado y pálido de aquella señora, en un estado vegetativo. ¿Y todo por qué? Por cuatro pesos.

A la semana, don Alfonso moría, sin que las honras fúnebres de su esposa hubiesen terminado. El propio día de la muerte del viudo, todavía se celebraba una misa a las cinco de la tarde, a nombre de María del Socorro. Algunos dicen que se deprimió, y otros -más escépticos- consideraban que él ya tenía problemas de salud desde antes, y que solo se trataba de mera coincidencia.

Capítulo 3

El cementerio maldito

Era una tarde calurosa de verano, por lo que Diana, una señora de más de sesenta años, decidió sentarse frente a la acera de su casa. Toda su vida había visto a personas mayores, pasar el rato en alguna silla mecedora, de esta misma manera, y le había parecido absurdo. «¿Qué ganan con contemplar la calle?», se había preguntado de joven. Ahora, con la edad pesando sobre sus hombros, había terminado por comprenderlo. Sin darse cuenta, había cultivado este hábito.

«Clac», sonó un portón al abrirse. Aquel ruido era de sobra conocido por Diana, quien ya adivinaba que su vecina, aquella joven que a cada rato salía a pedalear estaba por dar otro de sus paseos. En esencia, volverse mayor significa batallar contra la soledad. Aquella ciclista le agradaba pues interrumpía sus taciturnas meditaciones, cada vez que la saludaba al pasar. Por unos segundos, ese breve intercambio de palabras le alegraba el día.

—Buenas tardes doña Diana, ¿cómo está? —saludó Michelle, mientras sus labios formaban una gentil sonrisa.

—Buenas tardes hija, ¡que te vaya bien! —respondió aquella señora, con sus canas alborotadas por el viento. Agregó—: ¡Ten cuidado!

A lo lejos, y ya doblando por la esquina, se escuchó una dulce voz que respondió:

—¡Lo tendré, no se preocupe doñita!

Poco sabía entonces, aquella risueña amante del ciclismo y la fotografía, que todo estaba por cambiar. Un paseo, como cualquier otro, podía transformarse en una pesadilla. ¿No es eso lo más aterrador de este mundo? Que, en cualquier momento, una situación cotidiana y supuestamente bajo nuestro control, se torne en un fatídico fiasco. Tal vez, en realidad nada esté bajo nuestro control, sino que habitamos en una burbuja de falsa seguridad, próxima a reventar en la hora menos esperada...

Distante e ignorante de todas estas reflexiones, se dirigía a paso tranquilo, y cómodo, Michelle, con su cámara dispuesta por si encontraba algún escenario digno de una foto. Había dedicado sus estudios universitarios a la licenciatura en comunicación; esencialmente se dedicaba al rubro de la fotografía. «Espero encontrarme algún gatito, para la colección», pensó aquella delgada muchacha. Hace poco había iniciado un proyecto; la creación de un álbum compuesto únicamente por felinos.

Lo hacía por placer, no era un trabajo que le fuese a dejar ganancias. «No todo en la vida se traduce en dinero», razonaba, mientras se preguntaba qué clase de minino podría capturar con su lente. Los había de tantos colores y formas. Y así, en medio de la ignorancia concerniente a la maldad y lo siniestro, seguía aquella ciclista su camino, dentro de su burbuja, que flotando en el aire bajo una ligera brisa, no tardaría mucho en entrar en contacto con un objeto afilado.

*

«¿Por qué hago esto?», se preguntó Michelle mientras continuaba pedaleando, hacia un lugar que a todas luces gritaba: «No entrar». En aquel rectángulo que se alargaba en el horizonte, intuitivamente la vibra tenebrosa imperante alejaba a cualquier ser vivo. No se observaba ningún perro callejero, ninguna paloma ni cualquier tipo de ave que interrumpiera el infinito silencio con su cantar.

«Todos mis sentidos me dicen que me aleje de aquí, y aun así... Sigo pedaleando, como si mi cuerpo no respondiese», observó Michelle mientras seguía avanzando lentamente con su bicicleta de montaña de color blanco, con algunos toques dorados en la cadena y piñones de la marca SRAM. Tal vez aquel cementerio abandonado ejerciera algún tipo de repugnante atracción, así como las personas a veces no pueden apartar la vista de escenas escalofriantes, porque por algún motivo, existe cierto encanto lleno de morbo en lo horrible.

Despacio, avanzando con su bicicleta mtb a un paso cauteloso, Michelle giró a la izquierda y en vez de seguir recto por una calle desierta, con el atardecer por detrás, se embarcó en aquella entrada, desde la que se podía apreciar un largo tendido de lápidas separadas por un descomunal espacio entre sí, de tal forma que se encontraban dispersas y permitían circular en un laberíntico circuito entre ellas, por caminos de tierra, repletos de arbustos y vegetación, que le daban un aspecto de brutal abandono al lugar. De hecho, en aquel cementerio ni siquiera el suelo estaba plano, pues la topografía más bien daba lugar a numerosas y pequeñas colinas, que levemente generaban una visión serpenteante.

Era la pista perfecta para practicar mountainbiking, deslizándose la sigilosa y veloz bicicleta entre cada colina, con maniobras que incluían uno que otro salto. Cuando Michelle estaba en el aire, suspendida, sintiendo las fuerzas de la física en acción, por momentos creía que así era como Superman se debía de sentir al volar, en total contrariedad con la gravedad. Excepto, por el pequeño detalle de que estaba dando vueltas encima de tumbas... Cosa que ningún superhéroe realizaría. «Okay, yo sé que esta mente propia de una adicta al ciclismo me hace ver las posibilidades de cualquier lugar para disfrutar de un poco de adrenalina, pero ¡recuerda que aquí hay personas enterradas!», pensó aquella muchacha de pelo liso y largo (amarrado en una coleta), mientras evaluaba la creciente lucha interior

entre la diversión y la aversión que aquel espacio podía producir. ¿Debía circular a su antojo, con total confianza, mientras sus llantas levantaban polvo y ejecutaba vistosos drifts, como si fuese una conductora de fórmula 1? ¿O debía proceder con recato y cautela, para no desgraciar el descanso de los muertos? ¿Y si estos se despertasen por su inoportuna visita en este recoveco abandonado y alejado de cualquier forma de vida? Tal vez su vitalidad y juventud, fuesen incluso un insulto para este salón dedicado a la muerte.

El debate no se prolongó mucho. Michelle se adentraba más y más en aquel horizonte lleno de losas blancas, aisladas cada una y envueltas en vegetación. Penetraba más en la ramificación infinita del que en algún tiempo fuese un aposento enorme dedicado al descanso de los no vivos. Mientras más avanzaba, menos disfrutaba del paseo y percibía que su adrenalina y emoción, daban paso a otro tipo de estado emocional. «No sé por qué este lugar me eriza la piel», pensó y luego concluyó: «Me siento observada». Se detuvo en seco, con un áspero ruido de la llanta trasera arrastrándose por la grava. Dio medio vuelta... Y no había nadie.

Se mantuvo alerta, intentando escuchar algún indicio de actividad humana, pero todo era en vano. Un ácido silencio era lo único que allí había. Siguió girando su cabeza en todas las direcciones y no había nada insólito. Tumbas y más tumbas, en aquel laberíntico lugar. Hasta que vio a lo lejos, sobre una cima, la figura de una persona, que, a su vez, la observaba fijamente. Inmediatamente sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo. Aquella imagen vestida de negro solo había aparecido por unos segundos, y se había escabullido en un abrir y cerrar de ojos. «No puede ser. ¿Será que vi mal?», se preguntó Michelle. «La vista me está fallando, o después de todo, no estoy sola en este jodido lugar».

Con calma, siguió observando hacia aquel rincón en el que le parecía haber visto una lejana figura humana y ahora encontró que solo había una especie de espantapájaros, colgado del cuello en una rama. El viento lo movía, y por momentos desaparecía de la vista, al esconderse detrás de una lápida. «Esto es demasiado inquietante, siento como si me estuviera viendo», reflexionó la ciclista.

No lo siguió pensando, tras un rápido análisis de la situación, Michelle había dado con una definitiva conclusión: «Mejor me largo de aquí». Rápidamente se dio la vuelta y salió disparada, con un sprint rabioso en el que el miedo imprimía más velocidad a cada pedalada que daba. No podía quitarse esa repugnante advertencia, de algún sexto sentido, que le avisaba e imploraba que saliera de ahí, porque alguien venía detrás. Para colmo de males, pronto el atardecer culminaría, por lo que los últimos vestigios del día estaban por desaparecer. «Si tienes tiempo para pensar en que va a oscurecer, ¡ve más rápido!», razonó mientras su cerebro por algún motivo almacenaba cada detalle de lo que acontecía, haciendo curiosas observaciones; al lado de las marcas dejadas por su bicicleta, que

ahora seguía con prisa, mientras regresaba por el mismo camino que había tomado desde la entrada, aparecían pisadas que iban perfectamente detrás de su línea. ¿Todo el tiempo la habían estado siguiendo?

Cuando ya estaba a cien metros de la «entrada», delimitada por una abertura de dos metros de ancho en un muro gris, del cual no se podía advertir de ninguna manera que lo que allí había era un cementerio, repentinamente sintió que la llanta de atrás estallaba. El aire se perdía a un ritmo absurdo, como si alguien hubiese clavado algún objeto cortopunzante y de un solo tajo se hubiera perdido toda la presión. «Esto no puede estar pasando», fue lo único que llegó a desfilarse por la cabeza de Michelle cuando sintió que perdía el control.

Inmediatamente se vio tratando de regatear una maniobra, que por poco la salvaba de una caída cuando tuvo la súbita idea de que alguien lo había hecho. Ya estando a punto de recuperar el control, entre movimientos curvos y sin rumbo que casi domaba —como una encantadora de serpientes— todo se vino abajo gracias a una mano invisible que empujó fuertemente la llanta trasera, o al menos eso creyó. Casi había realizado una salvada de película, pero cayó junto con su compañera, a gran velocidad contra el suelo, levantando una nube de polvo. Ya no tuvo tiempo de seguir culpando a alguien o algo.

A pesar de que llevaba casco, el golpe había sido tan duro que le hizo quedarse unos minutos tirada, mientras con estupor observaba que casi había aterrizado en una tumba. «Mierda, ¿qué pasó?», se preguntó Michelle mientras se levantaba y se sacudía el polvo. Estaba tan sucia, que la tierra en los ojos le provocaba una visión borrosa, en la que solo podía ver el contorno de las cosas. De repente tuvo mucho miedo, tal vez la ceguera temporal le hacía en extremo vulnerable. A empujones se rastrilló la cara, y todavía con suciedad, y sin poder ver al 100 % se dio cuenta de que el día llegaba a sus últimos suspiros. Apenas quedaba una tenue luz en aquel lugar.

—Tengo que irme...pero ya...

Agarró la bicicleta y salió corriendo con ella en sus manos, ya que era imposible pedalear un solo metro. No soportaba la idea de que la cosa detrás del extraño pinchazo estuviese rondando cerca. Tenía que llegar a la entrada, aunque fuese trotando e ignorando los rasguños y magulladuras, con la bicicleta a rastras. «No te voy a dejar aquí preciosa», pensó, y agregó: «Aquí nadie se queda atrás».

Corrió y corrió, como si fuese perseguida por el mismísimo Satanás, apersonado con extrema diligencia solo para hacerla sufrir un macabro episodio en ese maldito lugar. Y aun así no fue suficiente. Al estar cerca, pero tan cerca de la entrada que ya se sentía libre, se dio cuenta de que la perversa oscuridad se había posesionado de todo. El último rayo de luz

desaparecía en el horizonte, y daba inicio a la noche. En ese mismo instante, hicieron eco unos tambores con un ritmo acompasado que obscenamente rompía el silencio. «Boom, Boom, Boom», tronaron como si fuesen proferidos desde el suelo, o más bien desde lo profundo, al poner un poco más de atención.

Lo peor solo estaba por venir, puesto que las lápidas que apenas se distinguían, comenzaron a moverse, como si fueran agitadas por alguna fuerza de ultratumba. Y junto a los terribles tambores, pronto la cacofonía incluía unos chillidos ásperos y tortuosos, como si varios metros bajo tierra, los muertos golpearan y arañasen sus cajas mortuorias.

—Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda... ¡Tengo que irme!

Michelle podía notar como cada centímetro de su piel se crispaba, y su sangre se helaba. Su ser intuía que debía alejarse ya mismo de allí, a gritos pedía desaparecer como por arte de magia de aquel aquelarre, y poder escuchar con calma el arrullo de las olas en alguna playa al otro lado del mundo, que pudiese borrar aquella repugnante mezcla de tambores, chillidos y crujidos espectrales que se aferraban a sus oídos como sanguijuelas. Hubiese querido poder apagar sus orejas para no escuchar más.

—¡Vamos! Muévete, no puedo quedarme aquí... —se forzó a murmurar, pues se había quedado congelada desde el inicio de aquella marcha espectral, que parecía una escena de algún ritual satánico.

—...Mi...chelle —respondió una voz de ultratumba, en un tono sombrío y metálico, con una fuerza abrumadora.

Había algo tan inquietante e indescriptible en aquella voz, que de alguna manera escapaba a cualquier sonido que una voz humana pudiese generar. Lo peor era que emanaba de la oscuridad y a espaldas de la ciclista quien no podía calcular específicamente, a cuántos metros.

La chica tomó su cámara —que nunca faltaba— y la sacó de su bolsillo en el jersey que vestía para pedalear, mientras se volteaba, sufriendo el gran dilema de quedar cara a cara con lo que estuviese entre las sombras, aunque también era espantoso escuchar tan escabrosas palabras, sin saber de dónde se originaban. El estar de espaldas, con semejante peligro era insoportable, por lo que, con todo su coraje, se enderezó.

Y lo que pudo observar fue algo que deseó no haber visto jamás: una sombra en medio de la oscuridad, se materializaba en un color más negro todavía, y se erguía como una figura bastante alta de la que, envuelta, en un manto tenebroso, sobresalían dos ojos brillantes en la cabeza, que resultaba ser alguna especie de calavera, con algunos trozos de carne

salvajemente esparcidos y deshilachados en su ser.

—No puede ser, no puede ser... Esto no está pasando —susurró mientras aquellos ojos brillantes le taladraban el alma.

Pero sí estaba sucediendo, y vaya que sí. El espectro no desaparecía, ni sus ojos dejaban de brillar. Se mantenía de pie, y el ambiente se volvía más y más gélido a cada segundo, y el aire enrarecido se volvía difícil de respirar. Comenzó a acercarse, dando cada paso con lentitud, como si se tomase su tiempo para torturar a su presa. Se aproximó hasta estar a un metro y fue hasta en ese momento que Michelle, que empuñaba su cámara con una fuerza que casi la pudiese destruir, decidió gritar y correr. Propaló unos alaridos como nunca en su vida lo había hecho, y la espantosa aparición sonrió lánguidamente, mientras sus dispersas carnes se retorcían en un rostro casi animal que daba asco y era imposible de soportar.

*

A pesar de que Michelle corría como nunca lo había hecho en su vida, y arrastraba su bici que chirriaba groseramente contra el suelo, el eco de cada pisada de aquella bestia espectral se le hacía tan cercano que en el cualquier momento la alcanzaría. Además, para terminar de confirmarlo, el aire ya no se limitaba a tener un tenue olor enrarecido, sino que ahora apestaba. Era una putrefacción de lo más repugnante, como si se mezclase carne podrida con vísceras de pescado, y se concentrase la esencia a intestinos humanos en la atmósfera.

«Ya casi, ya casi, ya casi», pensó Michelle cuando estuvo a unos escasos metros de la entrada y realizaba un último esfuerzo sobrehumano por correr a una velocidad imposible, ya no limitada por sus capacidades físicas, sino que impulsada por un extremo terror. Un miedo tan abismal, a como lo es el de cualquier ser que se ve perseguido y cree que pronto va a ser atrapado. Inevitablemente, parecía que sus esfuerzos eran inútiles porque sus sentidos, afinados hasta el extremo, pronto activaron todas las alarmas cuando detectaron que algo yacía a solo centímetros de entrar en contacto con su piel. Era alguna especie de sexto sentido el que le permitía adivinar que aquel monstruo iba a colocar sus espantosas pezuñas en ella, porque ya la había alcanzado, justo frente a la entrada, cuando ya casi era libre. Inclusive, por segundos creyó sentir un rancio aliento proveniente de una pesada respiración en la nuca.

En ese momento, los tambores rugían con mayor fuerza, advirtiendo del clímax de aquel satánico ritual, del que la presa ya estaba pronta a caer. Pero sorpresivamente, Michelle, en su desesperación alcanzó a presionar la cámara una y otra vez, en un sinfín de fotos con flash, que traspasaron las tinieblas con sus poderosas luces, e hicieron ver por un momento con mayor detalle la silueta de la criatura, que entrecortadamente, aparecía y

desaparecía a medida que el flash se activaba con cada foto. La escena era adornada con los gritos agónicos de Michelle y los gemidos y chillidos que ahora parecían transformar aquel campo de muertos en el propio infierno.

«Peeeeeeeeeeep», se escuchó largamente el aullido de un claxon, junto con el sonido de unas llantas que dejaban marcas por el asfalto tras una maniobra de frenado audaz.

—Cabrona, ¿tú estás loca o qué? —preguntó el taxista, tras reponerse de aquel susto, que le había quitado el hambre (se dirigía a casa ansioso por la cena) de un solo golpe.

Jaime, que ahora sentía retortijones violentos, ya no pudo seguir preguntando o insultando a aquella muchacha que pálida, y envuelta en lágrimas parecía poseída por el mismísimo Lucifer. Descontrolada a como estaba, aquel taxista, se detuvo a observarla, sin saber qué decir, cuando Michelle gritó: «SÁCAME DE AQUÍ», y se metió intempestivamente en el carro.

*

Algunas veces poco hace falta para que dos extraños compaginen y comprendan lo que el otro piensa en milisegundos. Tal vez sea gracias a la conexión que una poderosa mirada o gesto pueda generar. Es una comunicación casi instantánea que permite mandar un mensaje a otro individuo y salvar una vida, cuando los segundos hacen la diferencia entre vivir o morir. El mensaje de peligro inequívocamente había llegado a Jaime quien había captado el terror que los ojos de Michelle transmitían. Sin saber de qué huía aquella muchacha, no se detuvo a preguntar y aceleró su viejo corolla del 98', que gemía por la repentina prisa.

Tras algunos kilómetros de circular por la carretera y que los dos experimentasen cierto alivio, como si el peligro quedase lejos, a la distancia. Finalmente, Jaime, un señor cuya edad podía oscilar entre los cuarenta y cincuenta años, se animó a preguntar:

—Chiquilla, ¿estás bien? ¿Qué fue lo que pasó? —pronunciando cada palabra despacio y con suavidad, casi con un carácter paternal, a pesar de que Michelle ya tenía más de veinte años.

Después de un largo silencio, y como si Michelle sintiese, que le habían cortado la lengua, por fin pudo hablar, con una voz quebradiza:

—No lo sé... No se vaya a reír de mí, pero vi una sombra en aquel cementerio... Estaba pedaleando cuando apareció un ser, como los de

esas películas de miedo. ¿Usted cree en lo paranormal?

—Lo que yo sé — Jaime se rascó la cabeza— es que hay muchas cosas que no podemos explicar, eventos que escapan a nuestra comprensión de los hechos. ¡Y un carajo! Sí, te admito que soy algo supersticioso. Realmente no había pensado en ello, pero saliste de un viejo cementerio, ¿no? A como está la delincuencia, venía pensando en que estabas huyendo de unos asaltantes, y peor a estas horas de la noche... ¿Qué fue lo que viste?

—Bueno, yo andaba pedaleando y... —Michelle se quedó callada.

Hasta entonces no había advertido que cuando había estado a punto de ser atrapada por la cosa, además de disparar fotos, había soltado su preciada bicicleta, en un último y sobrehumano esfuerzo que le permitió salir a la calle sin caer en las garras de aquel monstruo.

—¿Y qué? ¿Viste algo? ¿Un muerto o algo así?

—La verdad es que no tengo ni idea de qué fue lo que vi. Estaba pedaleando y por alguna razón me sentí atraída a ese predio abandonado, en el que cuando ya llevaba algunos metros vi las lápidas. No me di cuenta de lo rápido que oscureció, y fue cuando se hizo de noche que apareció «eso».

—¿Eso? ¿Qué era? ¿Un fantasma? ¿El alma de algún muerto enojado porque andabas paseando e irrumpiste en su reposo eterno?

A Michelle no le daba nada de gracia el comentario, pero no quería ser ingrata, tal vez era la forma de Jaime de querer dispersar el miedo, con un poco de humor.

—La verdad es que no le vi bien, tenía la cara llena de tierra, porque me caí, o más bien sentí que algo me tiró. El asunto es que pude apreciar una figura alta, muy alta... Negra y con una calavera en la que brillaban dos ojos. ¿Alguna vez ha visto ese brillo particular de los perros y gatos en la noche? Era algo así pero más intenso y de un rojo muy vivo, como si ardiese en llamas.

—Hija, yo no soy ningún experto en cosas paranormales, pero si algo sé es que ni loco visitaría un cementerio abandonado. Por cierto, ya llevamos un rato recorriendo la carretera sin rumbo. ¿Te parece si nos detenemos en alguna gasolinera y platicamos un poco? Total, ya perdí por completo el apetito y no tengo prisa por ir a cenar a casa.

—Está bien, me llamo Michelle, por cierto.

—Jaime, para servirle.

Y así, los dos tomaron rumbo a la gasolinera Puma del kilómetro siete, en la que, a pesar de las horas, había buena iluminación, ya que en aquella ubicación se entrelazaban varias vías debido a la construcción de un paso a desnivel que tenía por debajo un pequeño parque y abundante alumbrado público. De la gasolinera, adyacente al parque, situada en una esquina, compraron agua para Michelle y un café para el taxista. Además, dejaron el vehículo en su parqueo, pues caminar hasta alguna banca en el parque solo les tomaría unos minutos.

—Haber, cuéntame más de lo que pasó. ¿Sabes? A veces creo que con la edad uno se vuelve más receptivo para estas cosas... De joven, jamás hubiera creído en tu historia, tal vez habría pensando que andabas drogada o algo así —comentó Jaime, mientras bebía su café lo más despacio posible.

—Pues yo tampoco quiero creerlo, don Jaime, no quiero. Me parece que tal vez estoy soñando y que esto es una pesadilla, pero lo veo a usted y me doy cuenta de que estoy atrapada en la absurda realidad. Yo nunca creí en historias de fantasmas y muertos... Ni quiero creer, pero lo que pasó hace un rato todavía no lo supero.

—Todos tenemos miedos, y cosas a las que nos negamos en creer, tal vez para no enfrentar nuestros mayores temores cara a cara. Este viejo taxista sabe algo de eso. Te sorprendería la cantidad de historias y anécdotas que se narran entre conductores que trabajan en horarios nocturnos, y sobre todo en calles desérticas; apariciones que hacen estrellarse a choferes en curvas peligrosas, o mujeres fantasmales que se tiran al carro mientras el conductor solo las ve por el espejo retrovisor con pavor y sin poder hacer nada al respecto...

—No quiero hablar de esto, pero tal vez me sirva para desahogarme —respondió Michelle.

De repente, se quedó petrificada, pues había recordado que en medio de su huida había accionado su cámara como loca, por lo que ahora la retorcida idea de revisar la galería pasaba por su mente.

—¿Qué pasó Michelle?, te has quedado en blanco —la interrumpió aquel señor de buena entraña, quien tal vez se sentía solitario por lo que agradecía esta curiosa plática.

—Usted me ha estado preguntado qué fue lo que vi, y yo le he dado más o menos una descripción... Pero tal vez mi cámara dé un poco de luz sobre el asunto, aunque, a decir verdad, me da miedo observar lo que allí

se encuentre.

—Ahora que lo pienso, me pareció ver por el rabillo del ojo un par de luces intermitentes cuando iba conduciendo, quizá por eso fue que no te atropellé cuando saliste repentinamente de aquella entrada y saltaste a la calle. Haber, veamos qué tienes, creo que podría ser incluso una forma de confrontar lo que pasó y encontrar un poco de paz.

Michelle sacó su cámara del bolsillo (que se encontraba en su espalda, pues los maillots de ciclismo acostumbran tener múltiples y útiles espacios para llevar objetos) y encendió aquel dispositivo compacto, con el que usualmente tomaba fotos de paisajes en sus aventuras ciclistas. Tras apretar los botones incorrectos por el nerviosismo, y batallar como aquellas personas mayores con la tecnología, por fin la pantalla encendió y se fue directo a la galería.

—Realmente no se ve nada hija, casi que solo fotos negras en las que no se distingue un carajo —dijo Jaime, a quien Michelle estaba descubriendo una poderosa pasión por usar la palabra carajo a cada rato.

—Sí, y tal vez sea mejor así —respondió Michelle, mientras seguía cambiando lentamente las fotos, sabiendo que ya estaba llegando a las últimas.

Hasta que la última foto sorprendió y dejó sin habla a los dos, puesto que sí había captado algo...

*

Al día siguiente, y con unas terribles ojeras producto de la falta de sueño, Michelle se despertó temprano. Tal vez había logrado conciliar el sueño en algún momento de la madrugada y todavía seguía dándole vueltas al asunto. Las palabras de don Jaime sobre aquella terrible foto en la que aparecía una criatura o espectro repugnante a la vista, todavía no desaparecían y se mantenían haciendo eco en algún rincón de su mente.

—¡Quita eso hija, bórralo, pero hazlo desaparecer! —gritó el veterano conductor, cuando vio aquella cosa.

Sorpresivamente en una única toma se había captado una imagen más o menos decente de aquel ser. Michelle no la borró en aquel momento, sino que solo apagó la cámara, por lo que todavía quedaba aquel residuo maligno en su posesión.

—Ya está don Jaime, ya la quité —había respondido, casi sin aliento y con prisa.

Ahora, bajo la luz del día y esa falsa seguridad que irriga sobre nosotros, la ciclista y también fotógrafa, puesto que había estudiado comunicación y desde hace un par de años se había dedicado exclusivamente el arte de capturar momentos, observaba a su querida cámara compacta, guardada en su bolso, bajo un haz de luz matutino que la envolvía desde la ventana del cuarto. Parecía una pacífica y tranquila mañana como cualquier otra, en contraste con el terror de la oscuridad de la noche anterior.

«Lo hago...o no lo hago», pensó. Después de unos minutos de debate mental entre su miedo y su curiosidad, parecía ser que esta última se coronaba vencedora, de alguna bizarra manera. Michelle pronto se dio a la tarea de sacar su laptop y encender su cámara para extraer la foto maldita, lo que le tomó apenas unos segundos, pues su Lumix poseía conexión inalámbrica (wifi) así que, para su disgusto o agrado, muy pronto abrió la imagen en la pantalla completa de la laptop. Se quedó inmóvil por unos segundos, con desazón, a causa de aquella maléfica criatura que ahora se observaba con mayor detalle en la amplia pantalla. Y luego se dio a la tarea de editar la imagen, la introdujo en Photoshop, donde cambió las tonalidades, para disminuir la oscuridad, agregando más realce al blanco y modificando una serie de parámetros, entre ellos la luz para dar como resultado final una toma todavía más nítida en la que se podía captar con mayor pavor lo que había sucedido. Ante sus ojos, ahora se mostraba lo siguiente:

En medio de la oscuridad se deslizaba una figura extremadamente grande, envuelta en un manto tenebroso y negro. Mirando hacia abajo, en busca de los pies se encontraban lo que parecían pezuñas de algún extraño animal. Aquella aparición se componía de una mezcla repugnante entre huesos y pellejos o carnes putrefactas salvajemente colgadas en las osamentas y por cabeza tenía lo que parecía el cráneo de algún animal con largos cuernos. De aquel maléfico cráneo, brillaban dos luces espectrales con un intenso escarlata.

La noche anterior se les había bajado la presión al ver la última foto, de hecho, Jaime había escupido su café, pero ahora Michelle, estando sola en casa sentía que casi se desmayaba. Su sangre se helaba y con un rápido clic decidió cerrar la pestaña. Si aquel señor hubiera estado presente, probablemente le hubiera dado un susto todavía peor al ver con tanta claridad algo que ni debería existir. Algo que escapaba a la lógica y a la naturaleza, y que parecía sacado de la peor pesadilla, y perversa imaginación.

«Quisiera creer que nada de esto es cierto, pero lo acabo de confirmar, lo que sucedió ayer no fue una alucinación», pensó aterrada la señorita mientras a cada rato volteaba la mirada hacia atrás, como si en algún rincón de su habitación todavía le estuviese siguiendo aquel engendro. «¿Y si está aquí, en mi casa, en algún escondrijo, entre las sombras?», se cuestionó. Tras cinco minutos de pensar y pensar, se resolvió a revisar la

totalidad de su pequeño apartamento. Fue a la cocina, la sala, y con mayor terror a los baños, pero nada extraño sucedía. El mayor susto que tuvo fue cuando el viento repentinamente movió una cortina en su baño y se encontró a sí misma brincando y gritando: «¡Carajoooo!».

«Parece que se me están pegando las palabras de don Jaime», pensó, aliviada, entre riendo y frunciendo el ceño. «Pues no, no me ha seguido hasta mi casa, pueda ser que su reino del mal se limita a ese jodido cementerio», concluyó. Tras un alivio inicial, la preocupación volvió al razonar que aquel ser sí le había arrebatado algo, y ese algo era precisamente su vieja compañera, quien cayó en combate y ahora estaba a merced de quien sabe qué horrores en ese lugar.

«¿Y si mi bici desaparece?», agregó a sus cálculos Michelle mientras balanceaba su terror por regresar al cementerio y su eterno amor, y cariño por su bicicleta de montaña, que había dejado tirada a su suerte en aquella escena terrorífica de persecución. Y una vez más, contra todo sentido lógico, llegó a la peregrina idea de que: «No la puedo dejar atrás, tengo que volver... En medio de mi escape la solté, pero tal vez si regreso ahorita, de día, no hay problema». Inmediatamente telefoneó a Jaime:

—Disculpe don Jaime, ¿será que pueda llevarme a una ubicación en particular esta mañana?

—Buenos días Michelle, te cuento que anoche tuve pesadillas con esa jodida foto. ¡Carajo!, me tomará un tiempo olvidar eso. ¿A dónde quieres que te lleve?

—Al cementerio —sentenció lúgubrementemente la comunicadora.

—¿Estás demente? ¿Para qué quieres regresar a ese lugar? Dios sabe qué pueda pasar si entras a esa tierra maldita. Te cuento que, anoche... Conversando con mi mujer al regresar a casa, ella me contó una vieja historia sobre ese lugar...

—Tengo que ir don Jaime —interrumpió sorpresivamente Michelle—, mi bicicleta quedó allí, y me vuelvo loca solo de pensar que los fantasmas y espectros la estén profanando... —y como esta idea se le hizo un poco infantil y hasta se sonrojó, agregó—: O alguien se la vaya a robar.

—Primero, ¿desde cuándo a los fantasmas les interesa apropiarse de bicicletas? Y segundo, déjala ir. Pero no regreses a ese lugar, mi esposa, María, me contó que hace mucho en aquella zona había vivido una vecina suya que le comentaba acerca de extraños sucesos en ese cementerio maldito.

—¿Cementerio maldito?

—Sí, así como lo escuchas. Todo comenzó en un invierno de hace muchos años, tal vez hace cuatro décadas o más; aquel lugar sufrió una fuerte inundación a causa de lluvias torrenciales.

—He escuchado de él, creo que fue en la década de los cincuentas, cuando llovió 66 días seguidos, sin que hubiese tregua. Fue un fenómeno que quedó grabado en la historia. Mi abuelita siempre me contaba cómo habían sobrevivido durante esa crisis...

—Pues sí, y resulta que en medio de las noticias de gente ahogada y viviendas afectadas...También hubo daños en infraestructuras, algunas tan antiguas como ese cementerio, del cual la lluvia orquestó un verdadero carnaval de la repugnancia... La cuestión es que, entre inundaciones y corrientes caudalo-

«Jaime, ya ven a desayunar», se escuchó una voz, del otro lado del teléfono, que interrumpía totalmente aquella plática, cuando el interés de Michelle estaba todavía más excitado por saber qué había pasado. Con ese mal sabor de boca, dijo:

—No se preocupe don Jaime, ya me terminará de contar luego.

Y se acabó la llamada.

*

—Repíteme otra vez, ¿por qué carajos te estoy llevando a ese lugar?

Tal vez era la tercera vez que Jaime realizaba la misma pregunta. Inquieto a como estaba, necesita confirmar el porqué tomaba la necia decisión de llevar a Michelle a ese recuperar su bicicleta en aquella necrópolis abandonada, de la que había escuchado tan lúgubres acontecimientos.

—Porque todos debemos enfrentar nuestros miedos, no podemos vivir en burbujas que algún día van a reventar.

—Ve, ¡qué bonito hablas hija!, cualquiera diría que estudiaste psicología, te lo comprara si no fuera por esa obsesión con el ciclismo —respondió Jaime en risas.

Y así, los dos se distrajeron un rato de aquellos pensamientos grises. Platicaron todo el camino sobre el contexto de los acontecimientos. La causa que originaba aquel ser espectral era el centro del debate. Michelle era en extremo una persona racional y necesitaba saber el porqué. ¿De dónde provenía? ¿Qué hacía ahí? De momento solo había obtenido algunas conjeturas a partir de la historia que Jaime relató, proveniente de

María, su mujer.

En todo caso, de acuerdo a doña María, su vecina Elsa, había vivido a unas cuadras del cementerio, que antaño había sido un camposanto como cualquier otro. Si acaso, tenía la peculiaridad de ser uno muy antiguo. Allí estaban enterradas sus bisabuelas, quienes nacieron en el siglo pasado. Había sido una vieja infraestructura como cualquier otra hasta ese mítico invierno en el que llovió como si se estuviese reescribiendo el pasaje bíblico del diluvio. De allí que la familia de Elsa se mudara a otra parte, no sin antes presenciar como la corriente se llevaba todo lo que tuviese por delante, lo que incluía al viejo y vulnerable espacio ocupado por innumerables lápidas.

La corriente llevaba una intensidad tal, que algo bochornoso y denigrante se produjo. El desplazamiento de tierra había llevado a alguna especie de profanación (¿natural?) en la que muchos ataúdes, como en una película de miedo, emergieron de sus huecos, y el diluvio había llegado a tal magnitud que al acabar el período de más de cincuenta días seguidos de torrente, se podían encontrar huesos y un sinfín de restos humanos dispersos por el cementerio aunque, también en sus alrededores. Era algo inenarrable, el observar despojos humanos por doquier, y en el peor de los casos, a más de algún animal carroñero haciendo un festín con aquellos cuerpos.

Las autoridades, que más se encontraban preocupadas por salvar vidas —ante las inundaciones— habían tenido mayor interés en trasladar familias, e investigar desapariciones. La sociedad apenas y había sobrevivido a ese apocalíptico período en el que algunos fanáticos religiosos incluso creyeron que se avecinaba el fin del mundo. De tal forma que para desgracia de los muertos, sus cadáveres quedaron por mucho tiempo expuestos a la intemperie, de una vulgar manera. Como si todo lo narrado no fuese suficiente, existían rumores, que llegaban hasta Elsa puesto que su familia había ido personalmente al cementerio para tratar de reparar las tumbas de sus ancestros. Había escuchado de sus padres que algunos «enfermos» aprovecharon el desastre para ejecutar toda clase de ritos satánicos con los cuerpos. Algunos conductores habían visto, en raras ocasiones algunas llamas y sombras como de personas encapuchadas realizando al saber qué cosa a altas horas de la noche en aquel lugar.

«Así que, tenemos un cementerio profanado el que se habían realizado múltiples rituales satánicos», pensaba Michelle.

—Don Jaime, dígame, yo sé que usted tiene confianza en lo que le comentó su esposa, pero... —hizo una leve pausa— ¿en el fondo usted cree que todo esto sea cierto? —cuestionó la muchacha mientras notaba

que ya estaban cerca del lugar.

—Sinceramente Michi —Jaime observó a Michelle, para ver si le molestaba su recién otorgado apodo— no todo tiene por qué ser verdad... O mentira. ¿Y si hay algo de cierto o de falso mezclado?

—Entonces todo se vuelve peor, porque no sabemos hasta dónde lo aterrador es ficción o realidad —concluyó Michelle, y luego agregó—: Oiga, no se preocupe, si me quiere llamar Michi, no me molesta. Ya mucho ha hecho con llevarme a este lugar.

La conversación había distraído bastante a Jaime, y hasta ahora se percataba de que prácticamente ya habían llegado. El muro destrozado, el cementerio, los muertos, los cadáveres por doquier, todo estaba ahí, esperándolos. Dio un suspiro y dijo en voz alta:

—Carajo, ya estamos aquí. No te vayas a arrepentir ahora —mientras terminaba de parquearse frente al muro gris.

—Es mejor arrepentirse de hacer algo, que vivir pensando en lo que pudo ser, don Jaime. Ya que por fin estamos aquí... ¿Me acompaña?

*

El día aparentaba normalidad, sobre el cielo azul, numerosos rebaños de nubes paseaban, a un ritmo tranquilo y complaciente. Todo esto llenaba de valor a Michelle, quien se proponía someterse a un extraño trance; la idea era adentrarse en el cementerio y sustraer la bicicleta, fingiendo que nada había sucedido antes. Actuando y siguiendo el guion de una falsa normalidad. ¿No somos todos actores, en algún momento de nuestras vidas?

Pero lo bizarro se imponía y una vez más desfiguraba la realidad, a como la comprendemos. Si Jaime hubiese entrado al cementerio, inmediatamente habría notado un cambio en la expresión de la ciclista, al confirmar que la anhelada máquina de dos ruedas ya no estaba donde había sido soltada... Ahora solo quedaban marcas en el suelo, que daban a entender que alguien o algo la tomó y la arrastró hacia el interior.

«Joder, esto no va a ser fácil», pensaba Michelle. «Por supuesto, no me lo va a poner sencillo...», seguía razonando, mientras se obligaba a creer que la bicicleta fue arrastrada por algo, ya que no aparecía en el lugar donde había quedado. No había otro razonamiento posible, fue sustraída. Y ya estando en medio de la tormenta, Michelle se decidió por seguir las marcas, con ansiedad y fastidio, en conjunto con otras emociones que daban la impresión de mezclarse en un tequila muy amargo.

Siguió los rastros, y pronto entendió, que se adentraban bastante en aquel cementerio por lo que aceleró el paso. Quería irse cuanto antes. Pero aquellos minutos parecían volverse eternos, sentía como si hace años hubiese entrado allí, y todavía no encontrase la salida. Incluso, el día comenzó a cambiar, mientras a cada paso seguía las líneas en el suelo, las nubes desaparecían, ahuyentadas por un repentino y veloz viento. Hasta que apareció una inmensa nube gris, que diferente a las blancas, parecía viajar sin necesidad de un rebaño. Era solitaria y se bastaba con su enorme envergadura. Con su rápido avance, era capaz de tapar al sol. La atmósfera oscurecía y contra todo pronóstico del tiempo, a pesar de las horas matutinas, la luz disminuía. El ambiente daba la impresión de estar dominado por un matiz gris. Y esto asustaba más a Michelle.

Cada pierna hacía un movimiento robótico, como si caminar con naturalidad de repente estuviese prohibido. Lo peor era que los engranajes no parecían funcionar bien, y a aquella fotógrafa no le hubiera asustado si en cualquier momento sus rodillas hubiesen comenzado a chirriar. Avanzaba a su pesar, y con la pequeña ayuda mental de que ya era tarde para regresar. Ahora tenía los pies en el pantano, no era propicio huir del lodo.

Para su sorpresa, después de adentrarse cierta distancia, aquellas líneas que daban la impresión de ser rasguños o heridas sobre la tierra, llevaron a una lápida, en la que reposaba la blanca doncella, no sin daños, pues tenía a su vez, iguales raspones por doquier. «La imaginación puede ser ruin», pensaba Michelle. Ella estaba clara de que se podían explicar los daños en la pintura por la corrida de ultratumba de la noche anterior, en la que ya nada le importó mientras huía por lo que jaló con todas sus fuerzas de su querida, que había rebotado contra las piedras del suelo. Pero ahora sentía que los rayones más daban la impresión de ser arañazos perpetrados por terribles garras. No podía evitar que, en lo profundo de su subconsciente, aquellas fatídicas intuiciones se originaran, a pesar de las explicaciones racionales a las que buscaba aferrarse.

«¡Plop!», un sonido interrumpió sus pensamientos y le hizo saltar. En las circunstancias en las que estaba, casi paranoica, Michelle compulsivamente miró a todos lados, cuando logró apreciar la misma figura negra con aspecto humano de la ocasión pasada. Colgado de una rama, el espantapájaros, se mecía y golpeaba una lápida. Era un cuerpo flojo, sin vida, azotado por las fuerzas del viento.

Al minuto, el corazón de Michelle bajaba aquel golpeteo intenso, mientras regresaba a la entrada, pues no quería perder tiempo. Sentía que ya salía de esta perturbadora historia de una vez y por todas. Sin embargo, casi involuntariamente, decidió regresar su mirada hacia el horizonte gris y silencioso que quedaba detrás. Más precisamente, no pudo evitar buscar al espantapájaros que allí estaba en su rama, colgado e inanimado. «Uff», suspiró, hasta que fue interrumpida porque la normalidad tambaleó y

desapareció: el cuerpo sin vida, inexplicablemente movió un brazo, como si pudiese contraerse con los mismos movimientos que genera un ser humano. Era algo abrumador y espeluznante, erguía su brazo como si señalase algo a la distancia. Un chillido se ahogó en la garganta de Michelle, que se quedó fija, mirándolo sin parpadear. El tiempo pasaba y él continuaba señalando, como dejando claro que no era el viento ni cualquier otra explicación natural, sino que se movía por voluntad propia, sin cabida alguna para la duda.

Horrorizada, Michelle corrió con su bicicleta en brazos, no quiso seguir viéndolo mientras aquel muñeco contradecía cualquier regla de la lógica y permanecía amenazante, con ese brazo que señalaba juzgador. Corrió y corrió, sin mirar hacia atrás, y sin querer saber si repentinamente el espantapájaros podría cortar la soga y perseguirla. La ciclista no pensaba, solo accionaba y su instinto le hacía seguir hasta la entrada sin detenerse.

Al llegar, esta vez el susto fue casi tan traumático como el del primer día, puesto que, al lado del muro (al interior), yacía Jaime apoyado en éste, con chorros de baba cayendo de la boca, y los ojos en blanco, abiertos obscenamente y exhibiendo una cara horripilante en la que un profundo terror —o ser— había provocado un miedo abismal.

*

—Dime cómo te sientes, ¿hay cambios? —dijo una voz femenina, dulce y suave.

A pesar de que compartían casi la misma edad, esta estudiante de psicología que realizaba prácticas, de alguna manera podía proyectar una figura con autoridad y seriedad al momento de apoyar en las terapias de la clínica.

—Lucía, he tenido otra vez ese sueño...

—No te preocupes, el subconsciente suele regresar a aquellos momentos que nuestra mente del día a día trata de reprimir —tras una pausa, agregó—: ¿Acaba como siempre?

—Sí, con la muerte de don Jaime en las garras de... Eso

—Y como lo hemos hablado anteriormente, nadie tiene la culpa de lo que pasó, fue solo un infarto, y de ninguna manera fue causado por ti —dijo lentamente Lucía, como quien ha repetido la misma letanía una y otra vez.

Michelle se quedó callada, dejando los ojos fijos en el techo desde aquel cómodo diván en el que estaba recostada, mientras Lucía volvía a revisar

el expediente, y otra vez se topaba con esos espantosos dibujos que en previas sesiones se le habían solicitado a la paciente. «Tiene demasiada imagi-», y no acabó a terminar de pensar la idea, cuando un estruendo fuertísimo sonó sobre el techo.

Las dos gritaron y saltaron de sus lugares. Había caído una rama de un árbol cercano, que pesada y movida por una ventisca, terminó por desprenderse y generar un fuerte sonido con su choque en el zinc y posteriores fricciones mientras caía al piso. Aunque sea por lapso breve, la misma idea había circulado en la cabeza de las dos: «¿Y si era eso lo que venía?». Por unos segundos, paciente y doctora in fieri, tuvieron la certeza de que no estaban solas y que algo maligno se hacía presente, algo real, y no producto de una trasnochada imaginación. Tras recuperar el aliento, Lucía siguió hablando, aunque en sus primeras palabras se pudo percibir levemente un pequeño deje de sobresalto:

—Por favor, cuénteme su sueño una vez más, de principio a fin...

Y apartó la vista del expediente; no soportaba esos dibujos. Si hubiera tenido curiosidad, habría encontrado un sobre sellado en la última página, que contenía una foto en la que se apreciaba un...

Capítulo 4

Una artista decide morir

Eran las tres de la mañana, con seis minutos, cuando Michelle se despertó, empapada en sudor y respirando irregularmente. Otra vez había sido víctima de sofocantes pesadillas. Dirigió su mirada hacia la pantalla de su celular (a estas horas el dispositivo parecía irrumpir con una violencia descomunal con su haz de luz), y vio que éste indicaba -como siempre- que eran fatídicas horas de la madrugada. La muchacha siempre recordaba que en alguna película había escuchado que las tres de la madrugada era la hora del demonio. Un dato innecesario que retumbaba en su mente, y que no parecía desaparecer, aunque hubieran transcurrido varios años. A veces, el cerebro almacena ideas o datos, que no quisiéramos retener.

Michelle pensó: "Y aquí vamos de nuevo". Era su nueva normalidad, repetidos casos de insomnio y pesadillas la aquejaban, siempre soñando con "eso". Ahora se mantendría despierta hasta que los primeros rayos del día indicasen que debía salir de su cama, donde se arrellanaba en sus sábanas, tratando de invocar alguna protección. A veces, su mente le jugaba pesadas bromas, pues le parecía ver una pezuña en algún rincón del cuarto. Creía ver sombras con formas extrañas que se movían rápidamente por los rincones de su habitación, que le recordaban a "eso".

Alguna vez se había sorprendido, sintiendo algún roce huesudo o peludo, ligero y fantasmal, en alguna de sus manos o pies. Solo para chillar y luego recordar que estaba sola en su apartamento. Totalmente sola, o al menos eso creía.

Al levantarse, tenía una cara de tristeza, que representaba toda la culpa del mundo. La falta de esperanza. Varios compañeros de trabajo lo habían notado. Ya no era la misma. Su rostro estaba dominado por unas profundas ojeras, que le daban un aire a depresión.

Los primeros días, posteriores a los acontecimientos concernientes al "cementerio maldito", Michelle no pudo asistir a la agencia para la que trabajaba. Ahora, cuando tenía recaídas, se permitía quedarse en casa. Era difícil admitirlo, pero le daba miedo salir. Tenía pánico del mundo exterior; de la maldad que abundaba allí afuera.

Por lo menos al ser de día, el pequeño apartamento era como una fortaleza, en la que se olvidaba de las culpas y agravios del pasado, pero nunca lo suficiente. Michelle tenía bajones, era una montaña rusa; tener esperanza solo para luego perderla, en un ciclo infinito de sufrimiento, que

administraba venenosamente ilusión en los momentos justos, para que luego la tristeza fuese todavía más amarga. Ganar altura para caer con mayor impacto.

“No es tu culpa, nada de lo que pasó lo es, don Jaime ya está en un lugar mejor”, repetía la psicóloga de Michelle, quien en realidad era una estudiante de último año que realizaba sus prácticas. Sospechosamente, el caso había atormentado a más de una persona.

Lucía casi se iba de espaldas cuando el doctor Eugenio Pérez, le había comentado que se sentía perturbado, luego de algunas terapias con Michelle Hernández. Gozando de sus facultades como superior, el doctor Pérez había decidido delegarle el caso, pero bajo ciertas medidas... Entre ellas, nunca abrir un sobre del expediente, cuyo contenido –una foto de “eso”- era ignorado por Lucía. Nadie debía husmear en el sobre; esa era la orden tajante.

Y así, Lucía vivía repitiendo -una y otra vez- a su paciente que dejara atrás su culpa, en una letanía que prometía algún final para el dolor. Michelle nunca terminaba de creer en todo lo que se le inculcaba en la terapia, aunque no se atrevía a expresar que: “Hay dolores tan grandes, que nunca van a sanar... Heridas profundas que generan cicatrices imposibles de desaparecer”. Eso era ella, un alma con cicatrices que vagaba en este mundo, donde nadie está a salvo de la maldad.

Michelle reflexionaba acerca de su estado: “Miedo a lo que nos pueda pasar, miedo a ser lastimados, miedo a la oscuridad... Vivir con miedo es una cosa terrible”. Ya no lo soportaba, y sus dificultades emocionales le impedían llevar una vida normal. En la agencia, era un trabajo titánico ir a tomar las fotos que le fuesen asignadas. Michelle deseaba permanentemente quedarse en casa. La idea de salir a lugares extraños o sin nadie que la acompañase le causaba pavor, cuando esto se producía al filo de la noche.

Un día, agobiada por los problemas, Michelle sintió la profusa necesidad de llamar a su papá, el señor Hernández, quien, en ese momento, por cuestiones del azar, no pudo contestarle. Se limitó a responder: “Ah, hija... Ahorita no puedo, hablemos más tarde”.

Había sido el empujón final, para que la muchacha llegase a una terrible conclusión: “Tengo que terminar con mi vida, ya no puedo más”. Durante semanas se había debatido si llamar o no a algún familiar para conversar acerca del turbido asunto, pero cuando finalmente lo hacía, no había tiempo. Era postergada y delegada a un segundo plano. Había asuntos más importantes que atender.

Por la tarde, Michelle salió de su apartamento, junto con su amada bicicleta y se dirigió a la carretera más cercana. Quería morir sin dolor, sin

agonía. Había decidido arrojarse a un camión, de esos que, cargados y colosales, hacían vibrar la carretera con solo su movimiento, y rugían con estruendosa intensidad, al bajar por las sinuosas curvas de la carretera “S”.

Quería morir acompañada de su fiel bici, siendo inmoladas las dos de un solo golpe. Metal y vísceras se esparcirían sobre el asfalto, en una combinación entre frío y caliente. Mezclándose en su momento final, fundiéndose en el más allá. Al menos así lo había planeado, pero ahora Michelle miraba pasar los camiones y no conseguía dar pedales para sorpresivamente ser arrollada. Su cuerpo se negaba a moverse. Temblaba y varias gotas de sudor -frías- se deslizaban por su cara. ¿No podía hacerlo? ¿En el fondo quería seguir viviendo, a pesar de todo? Tal vez la carne sea débil.

“No, yo ya no quiero vivir... Vivir es sufrir”, se dijo serenamente Michelle, y dio un respiro, pues un furgón de color rojo se aproximaba, a toda velocidad, como usualmente hacían los despistados y arrabaleros conductores, irrespetando toda precaución. Y justo cuando aquella kamikaze se iba a arrojar, divisó a una perrita que parecía confundida, circulando sobre la carretera. No pensó, solo reaccionó. Se dirigió en carrera hacia ella y la tomó en manos, a aquella pequeña mascota que no duraría ni diez minutos, antes de ser atropellada. Era la canina de su vecina, -la señora mayor, de enfrente-; doña Diana.

—Menos mal salvaste a mi Blancanieves — había agradecido la vecina, mientras cargaba a su pequeña bola de pelos blanca. Agregó:

—Mil gracias corazón, ¿no quieres que te invite a cenar a mi casa? Es lo mínimo que puedo hacer, pues salvaste a mi hija.

Y así, todos los planes suicidas de Michelle, quien había maquinado durante horas cuál sería la mejor manera de poner fin a su existencia, se derrumbaron, ante el vaivén de la vida misma. Los vientos empujan, y somos cometas que no conocemos adónde nos llevarán los aires del porvenir. Lo que sabemos, es una gota, y lo que desconocemos, el océano.

—No se preocupe, solo fue una coincidencia que ambas estuviésemos en la carretera al mismo tiempo. No tiene por qué invitarme a cenar, no se moleste doña Diana —respondió Michelle.

—Vamos, te lo mereces. ¡Deja que esta ancianita te sorprenda con su cocina! Además, te veo muy delgada —replicó Diana.

Michelle se sabía perdida, no podría desligarse de las buenas intenciones de aquella dulce abuelita. No podía negarse. En el fondo, sopesaba que, para Diana, cualquier ocasión era válida para tener compañía y compartir

la mesa con alguien más -aparte de la escapista Blancanieves-, por lo que sería muy brusco rechazarla.

Y así, Michelle respondió: "En ese caso, estaré encantada de ser su invitada", con una gran sonrisa en su rostro, mientras pensaba que su hora de muerte había sido pospuesta. "¡Qué más da, viviré un día más!".

Al día siguiente, cuando el reloj marcaba las seis de la tarde, y Michelle debería haber estado acostada en el diván de la clínica, en la que Lucía estaría escuchando sus sufrimientos, apuntando siempre "al saber cuál tontería" en su libreta, la muchacha estaba otra vez en la carretera. Ahora intentaría algo todavía más audaz.

El cielo se teñía de preciosas tonalidades, y el atardecer dominaba el paisaje. Naranja, rojo y amarillo, se extendían en el horizonte, y un ligero púrpura tímidamente nacía en algún sector del cielo. Michelle observaba todo, desde lo alto de un mirador, al que había pedaleado desde su casa. Tras siete kilómetros de subida, había llegado al lugar indicado. Disfrutaría del atardecer, y antes de que la tenebrosa noche tomase lugar, se arrojaría con todo y bicicleta de un abismo, por el que se observaba toda la capital. Allí, desde lo alto, caería y se encontraría con su muerte.

La serpenteante y ascendente carretera "S", llegaba en su punto más alto, a la altura de mil metros sobre el nivel del mar. Llegando a las partes más altas, contaba con enormes abismos de ambos lados, por lo que los conductores debían descender con cuidado, frenando en cada curva con precaución. Una endeble valla de metal, les separaba de terribles caídas al vacío.

A decir verdad, los abismos eran peligrosos pero atractivos. Si bien, de ambos lados se situaban inmensos valles, hundidos varios metros sobre el nivel de la carretera, estos tenían un característico encanto al estar poblados por miles de árboles. Casi parecían selvas vírgenes. El color verde se expandía hacia el infinito, solamente marginado por la visión de una lejana ciudad -la capital-, con sus luces y edificios, que parecían en extremo pequeños.

"Aquí vamos", dijo en voz serena Michelle. Y comenzó a pedalear hacia el límite del mirador. Precisamente, había seleccionado una sección de la carretera "S" que no contaba con una valla de protección. Poco a poco, fue tomando impulso, aumentado su velocidad con una cadencia cada vez mayor que recortaba a cada segundo los escasos metros que la distanciaban de una caída mortal. Había escogido un desarrollo suave (en la bicicleta), y a medida que rompía la inercia, y cogía momentum con cada pedalada, sabía que su destino llegaba a su fin.

El problema es que la carne es débil, y en algún rincón de su conciencia, deseaba alguna "coincidencia" para volver a escapar de la muerte. Lo que

sea, con tal de tener una excusa para vivir, pero ya estaba en la recta final y nada acontecía. Tal vez el mundo podía seguir con total naturalidad sin ella. Era un nombre más, en una infinidad de seres humanos. No iba a hacer falta, e incluso, bien haría en morir dejando más oxígeno y recursos para los otros, ya que el planeta estaba desbordado con tantos especímenes homo sapiens.

¡Pero sucedió!, inesperadamente sus deseos habían logrado atraer un milagro, pues una melodía de música clásica, en la que un violín era diestramente ejecutado, le cortó su inspiración suicida por lo que frenó en el último instante, haciendo chillar sus ruedas que emitieron sonoras quejas al rasparse contra el pedregoso suelo. La bicicleta se había detenido por completo, al estar justo al borde. Michelle hizo malabarismos, pues un sutil desequilibrio le haría caer al vacío, entre los árboles.

Vio la inmensidad de la selva, al fondo, y por unos segundos sintió un ligero mareo, proveniente del vértigo. Se dejó caer a su izquierda, y estando sobre tierra firme, con un dolor amargo recorriendo su cuerpo por el impacto, lo supo; estaba viva. Mientras que la melodía, seguía su insistente ritmo, cada vez más rápido.

Reunió fuerzas y sacó su celular, esperando que la llamada fuese de su padre, el señor Hernández, preguntando cómo estaba para contarle todo lo que había sucedido, y así ambos pudieran platicar y plantear alguna solución para su depresión, creada por una traumática experiencia con "eso".

"¡Qué decepción!", dijo en voz baja Michelle, cuando sacó su celular y vio a Lucía en la pantalla.

—Hola Michelle, hoy no viniste a tu consulta y me tenías preocupada. Pensé que algo te podría pasar... Ya sabes, nos gusta llevar una revisión constante de nuestros pacientes.

—¡Oh, disculpa! Hoy tuve que quedarme trabajando horas extras, el cliente fue muy exigente con los diseños de publicidad y costó trabajo conseguir buenas capturas. A decir verdad, su comida era fea...Visualmente hablando, y la cámara tampoco hace magia —respondió Michelle, disimulando totalmente su estado emocional. Se había vuelto experta en actuar.

La plática se extendió diez minutos. Michelle concluyó: "Así que me llamaste porque es parte del protocolo, es decir, que lo harías con cincuenta pacientes más... No se trata de que tengas una preocupación particular por mi persona, Lucía".

—¿Todos somos un número más, en el informe de alguien que no tiene interés verdadero por nosotros? —susurró.

Nadie contestó. El silencio hizo que Michelle tomara conciencia del anochecer, tomó su bicicleta y regresó a casa, a más de 60 km/h casi todo el trayecto. Iba rápido y no le importaba accidentarse. Un descenso suicida adrede no se barajaba como una mala opción, y para su mala suerte, a pesar de bajar durante siete kilómetros sin ocupar los frenos, nunca perdió el control. Tal vez la duda o el miedo fuesen los causantes de las fallas humanas que desencadenaban los accidentes. Ella había descendido a tumba abierta, sin reparo, rodeando cada curva con perfecto control, deslizándose su cuerpo, con el viento azotando su cara, indicando que iba demasiado rápido. Al terminar, sus dedos estaban helados como paletas de hielo, y sus manos evidenciaban líneas rojas; dolían como si ella hubiese apretado con mucha fuerza durante siglos alguna piedra.

El fin de semana, tras haber sorprendentemente sobrevivido durante aquellos largos días, Michelle pensó que ya era hora de poner fin a todo. Tal vez en el fondo sí quería vivir, a pesar de sus constantes temores, y en contradicción con su imperecedero insomnio, que, apandillado con las sorprendentes crisis de nervios, le hacían detener el corazón, en los momentos más inesperados.

Solo alguien que vive un trauma como el mío puede comprenderlo, razonaba Michelle, cuando recibió una llamada, a eso de las nueve de la mañana: se trataba de la ansiada comunicación con el señor Hernández. Tal vez los astros se alineaban para que finalmente Michelle encontrara algo de paz. Un oasis en el desierto. Era el destino que ambos hablasen, y decidiesen de una vez que la vida no puede terminarse, por más que naufraguemos en el triángulo de las Bermudas de la eterna desdicha y negatividad.

—Hola hija, ¿cómo estás?

—La verdad es... que no me he sentido bien últimamente. Sinceramente, estoy pasando por una crisis —respondió Michelle con una voz apagada.

Acto seguido, el señor Hernández, sintiéndose un adivino, disparó un discurso de treinta minutos en el que regañaba a su hija por haber escogido la carrera de comunicación. “Tomar fotos no es un trabajo”, repetía incesantemente. Y recriminaba a su hija por no haberle prestado atención a su consejo de estudiar ingeniería en sistema, para trabajar a su lado en la compañía de informática que él dirigía.

La discusión resultaba ser un déjà vu, uno parecido a un viejo par de zapatos, desgastados y rotos por todas partes, con una superficie llena de arrugas que causa desagrado al tacto, y que advertía una fragilidad

relevante: un uso más y las suelas se van a desprender totalmente.

Michelle había batallado una y mil veces con su papá, quien no comprendía que ella era una artista. Para él, tomar fotos era una cuestión de apuntar y apretar un botón. No sabía nada acerca del correcto encuadre, la relevancia de la luz, y que cada foto debe de contener elementos en un primer, segundo y tercer plano, que en su conjunto cuenten una historia. También ignoraba el uso de colores particulares o de técnicas para que el "apuntar y apretar botón" se convirtiese en un arte.

Sabiendo que era una artista incomprendida, y previendo el final; con los dos sobresaltados y peleados, la hija decidió escuchar el larguísimo discurso atrabiliario de su padre, respondiendo intercaladamente con monosílabos: "Sí, ajá, okay". Hasta que la llamada terminó, y el sentimiento de una abrazadora miseria se apoderó de ella. Soy una decepción para mi papá, concluyó.

La conversación que debía de reconfortar a Michelle en cambio le había producido un malestar generalizado en su psique, las emociones negativas la asaltaban y ella se auto percibía como un barco en alta mar que es vilipendiado por una tormenta que no da tregua.

Tal vez ahora sí era momento de que esta historia llegue a un final tras haberlo pospuesto en numerosas ocasiones, Michelle ultimó que debía encadenarse a una decisión firme y dejar de huir. Su decisión final fue que, si no podía decidir sobre su vida, al menos lo haría sobre su muerte. El no saber lo que pasará o si "eso" se presentará en el momento menos esperado para terminar con lo que había iniciado en "el cementerio maldito", eran dudas existenciales que no le dejarían seguir con una rutina establecida, sin sobresaltos y en la que por sobre todas las cosas, no existiría ningún elemento sorpresa.

Vivir sin que nada realmente sea seguro, desconociendo si estaremos respirando al anochecer o si lo seguiremos haciendo al amanecer, para poder batallar un día más con la incertidumbre en un eterno ciclo sin fin era algo penoso. Mejor sería descansar, y romper las cadenas del alma que nacen del mundo exterior; uno frívolo, malvado y egoísta.

Una pizza, pensó Michelle, cruzando sus ideas suicidas con la repentina sensación de hambre. El cuerpo no comprendía ni se interesaba por las crisis existenciales del ser. Iría a almorzar una deliciosa pizza de pepperoni a un centro comercial y luego, tras satisfacer un último antojo, se tiraría desde la tercera planta de SIMAN, generando así una terrible escena que bien podría aparecer en algún drama teatral y que definitivamente dejaría una primera plana en todos los medios escritos, y se propalaría en las redes sociales en las que su terrible suicidio se transformaría en la noticia trending por un par de días y, si acaso, también podría -bajo el humor más ácido- transformarse en alguno que

otro chiste con una viñeta diseñada (meme) por personas sin escrúpulos, y capaces de bromear con cualquier tema.

A las una con veinte minutos de la tarde se encontraba en la tercera planta de SIMAN una muchacha observando fijamente el vacío desde su elevada posición, lo que bien pudiese haber causado mareo a cualquier persona que mirase durante tanto tiempo el suelo desde la altura de veinte metros. Quienes estaban disfrutando su sábado en el centro comercial; platicando, comprando objetos que realmente no necesitaban, o gastando dinero que no tenían, pasaban sin notar nada extraño en aquella joven que estaba quieta como una gárgola.

Cada quien estaba muy ocupado con sus propios deseos, con las complejas elecciones entre zapatos de color blanco o negro, además de la intrincada decisión sobre qué nuevo modelo de smartphone adquirir (siempre al crédito, aumentando las deudas). No había el menor reparo en un ciudadano más, al borde de la valla de vidrio, con hilos metálicos al borde, observando fijamente la trayectoria de una premeditada caída.

En la jungla de la sociedad no hay tiempo para pensar en los demás, sino que cada quien debe de salvaguardar su pellejo. Michelle miraba a quienes circulaban en el primer piso como si fueran hormigas que van de un lado a otro, cuando decidió colocar sus manos sobre la valla ya que en ese instante finalmente iba a liberarse. Dejaría de cargar con la pesada tarea de seguir interpretando a ese personaje llamado Michelle Hernández.

Fue entonces que vio a una persona circular justamente por donde ella caería (si se arrojaba) así que detuvo su intento de lanzarse. Despacio avanzaba en su silla de ruedas un señor de aproximadamente unos sesenta años quién no tenía la menor prisa o tal vez no contaba con la suficiente vitalidad física para mover con mayor velocidad las ruedas a las que estaba encadenado.

Por un segundo, un macabro pensamiento cruzó el agujero negro de su mente; ¿y si se tiraba y caía sobre aquel hombre en silla de ruedas? Ella moriría y al mismo tiempo liberaría a aquel ser -también desdichado- de sus ataduras... Lo que nos dejaría con dos existencias miserables llegando a un final.

Inmediatamente, retiró ese cálculo despiadado, e incluyó nuevos factores a sus aritméticas sentimentales; Michelle había recordado un ensayo sobre el suicidio, investigado hace muchos años, cuando cursaba la secundaria. Dentro de su texto, había incluido una clasificación en la que enumeraba distintos tipos de individuos suicidas. Una de las peores categorías involucraba a quienes desean -se pudiera decir, perversamente- causar sentimientos de culpa en los demás. Aquí podría incluirse a una hija que se tiraba desde el tercer piso de un centro

comercial, apenas unas horas después de discutir con su padre por un reproche acerca de su profesión.

¿El señor Hernández se sentiría culpable? ¿Se golpearía el pecho y sufriría sabiendo que lo último que había platicado con su hija, había sido un largo discurso en el que le llamaba fracasada? Por un momento, las intenciones suicidas de Michelle, al imaginar a su padre, llorando frente a su lápida casi le impedían proseguir con sus planes, pero por alguna cuestión (seguramente relacionada al rencor) pudo proyectar perfectamente un escenario -más realista a su parecer- en el que el señor Hernández imputaría la decisión de su hija de acabar con su vida, debido a que esa rebelde no le había hecho caso al momento de elegir su carrera, es decir, que por no obedecer diligentemente a su sabio padre, aquella criatura descarriada había terminado tirándose al vacío, frustrada por un futuro laboral incierto.

De solo vislumbrar este escenario, la sangre de Michelle hervía, y ahora el odio servía como una poderosa fuente de motivación para ejecutar con mayor decisión su misión; arrojarse desde la valla. Sus manos sujetaron con fuerza el borde, y para su fastidio, seguía avanzando lentísimo el señor de sillas de ruedas, quien sorpresivamente giró su rostro hacia arriba, como si se supiera observado gracias a algún sentido o intuición inexplicable.

La mirada de aquel señor, se encontró con la de Michelle, y en un gesto pequeño y sencillo, toda la ira de la muchacha se desarmó, cuando aquel discapacitado le sonrió sin motivo alguno, y siguió con su andar de tortuga.

Mientras aquel desconocido se alejaba, Michelle no pudo despegar su mirada de él, lo vio avanzar con duda, hasta que una señora - ¿su esposa? - le alcanzó. Ella provenía de una tienda de zapatos y seguramente le había dejado "recorriendo" la primera planta mientras se dedicaba a la exhaustiva tarea de revisar todos los calzados del inventario de ADOC; las ofertas de fin de semana eran el perfecto enganche para los clientes.

A continuación, Michelle percibió la tristeza -por más inverosímil que esta afirmación resulte- en los ojos de la señora, cuando esta se separó del discapacitado para subir por las escaleras eléctricas. Él sonreía, como si fuese natural que esa separación se produjese. Ella subió al segundo piso, donde compró unos helados -dos conos- y luego descendió. Su marido no tenía forma de llegar al segundo piso. Nadie había pensado en los ciudadanos, que presos de sus sillas de ruedas, se veían constantemente marginados en cualquier edificio o infraestructura pública. Los centros comerciales no eran la excepción, y para mayor incomodidad, todos los puestos de comida estaban dispersos entre el segundo y tercer piso,

dejando de lado a quienes no podían acudir a las escaleras eléctricas.

El gentil señor de paciencia infinita, había sopesado la posibilidad de ocupar un elevador, pero el único que se había dispuesto desgraciadamente no funcionaba, tal vez por esto avanzaba tan despacio (al buscar una forma de llegar al segundo piso). Su única opción era esperar a que su esposa hiciera las compras, con una sonrisa siempre presente. Lo único que hacía para entretenerse, era ver a las personas circular.

A la señorita Hernández se le escapó una lágrima, y en medio de su pesar por la limitada vida de aquel optimista que era tratado como un estorbo en la sociedad, decidió finalmente que iba a vivir. Como él, debía buscar la felicidad, sin que esa decisión la tomase alguien más. Lejos de su entorno, o de lo que el mundo prepare para hacerle sufrir, más allá de "eso", debía de ser feliz.

—Si dejas de pedalear, te caes — susurró.

*

Doña Diana encendió su vieja radio, a como solía hacer todas las mañanas. Con gran terquedad se negaba a sucumbir a los nuevos medios de comunicación, de tal forma que ella no contaba con redes sociales a pesar de la insistencia de sus nietos en crearle cuentas de Facebook, ni consumía mucho de su tiempo en el vicio de la televisión.

Prefería informarse a través de programas radiales matutinos en los que religiosamente escuchaba a periodistas y cronistas, usar y abusar del verbo, arrojando palabras a la fiel audiencia. Con esmerada atención, sus oídos seguían el hilo de esos señores que despotricaban frente a un micrófono, vertiendo el fuego de su interior en unas narrativas pintorescas. Finiquitada la ceremonial escucha de la revista Primera Hora, la señora de colochos blancos (que se negaban a ceder ante los embates de la edad, en su cantidad), tomó el periódico para disfrutar del pequeño entretenimiento de descifrar crucigramas, sudokus y otros acertijos dispuestos en las últimas páginas.

Primero echó una ojeada a la portada: "El perreo está de moda, reportaje especial sobre el galardonado artista Bad Bunny". Doña Diana hizo una mueca y pensó en que últimamente la música se estaba desplomando en una decadencia nunca vista. ¿Qué era eso del perreo? Pero pronto fue interrumpida por el repentino descubrimiento de que Blancanieves no estaba acompañándola en la cocina. Se había fugado, nuevamente. Tiró el periódico y salió corriendo para atrapar a esa pequeña escapista. Por un momento, pensó en pedir ayuda a su vecina Mimi (así llamaba a Michelle),

aunque recordó que ya llevaba un par de días sin verla.

En una esquina del periódico *La república bananera*, que doña Diana había obviado -por su poca importancia- se leía una nota periodística, en un rincón casi que dispuesto para suplir la necesidad de no dejar un espacio vacío en la página tres. Se titulaba: "Conductor ebrio atropella a ciclista".

Capítulo 5

El secreto de los hombres desnudos

Cuando Hugo Ramírez, entró a su primer año universitario, de pronto se vio sumergido en un ambiente de lo más variopinto. En total, su generación contaba con aproximadamente cien estudiantes de nuevo ingreso (en números redondos). La universidad Centroamericana, en sus primeras inducciones, permitía que todo este inmenso lote de novatos, compartiesen las iniciales nociones acerca de cómo trabajaba aquella alma mater.

Eran excelentes días para crear nuevas amistades, dentro de esa amalgama de personalidades; algunos callados y serios -como Hugo-, otros payasos y ruidosos. Había una gran variedad de individuos: vagos, intelectuales, literatos, cantantes, rockeros, progresistas, comunistas, ambientalistas, feministas (por supuesto, de las más radicales), drogadictos, entre otros (todos los -istas que ustedes se puedan imaginar).

Jamás fantaseó, el estudiante Ramírez, que, por cuestiones del azar, algún día daría con el secreto de uno de sus muchos compañeros de clases. En particular, uno con un apellido de lo más extraño. Era una letra y todos se colgaban de esta para llamarle -nadie ocupaba su nombre-; se trataba de Zeta.

¿Qué clase de persona era Zeta? Probablemente la mayoría de compañeros lo recordaría por ser bastante amigable, en extremo social. Fácilmente platicaba con cualquiera, y no tenía problemas con conocer a terceros, ajenos a su facultad. En clases, era más bien díscolo, puesto que nunca llevaba siquiera mochila o cuaderno, o lapiceros. ¿Cómo aprobaba sus materias? Misteriosamente, él era bastante inteligente, aunque malgastaba ese potencial con su irresponsabilidad. Aprobaba los cursos con el mínimo requerido. Estaba más preocupado por sus constantes comercios; traía dulces o cualquier producto que pudiese conseguir, para vender en el campus.

Dios sabrá en qué invertiría sus ganancias, pues, en cuestiones de compra-venta, era el mayor negociante del mundo, con unos elefantiásicos precios, inflados abusivamente. Tal vez por su carisma, conseguía venderlos, o quizás, gracias a sus estrategias. Una de ellas consistía en buscar parejas:

—Hola Hugo, ¿no le quieres regalar un chocolate a tu novia?

E inmediatamente, se producía un dilema, puesto que, si Hugo lo hacía, estaba comprando una golosina al doble del precio habitual, y si no,

quedaba como un tacaño, un miserable, con su enamorada, que en ese momento se quedaba callada, pero con sus ojos lo expresaba todo:

—¡Sí, cómpralo! ¡No te atrevas a hacerme un desaire cabrón!

Y Hugo, leyendo estos pensamientos, como si tuviese un poder mutante, a veces accedía, y en ocasiones, ya hastiado por estos vendedores, cazadores de parejas, sin temor a las repercusiones sentimentales, los mandaba lejos. «A joder a otro lado, con sus caprichosos precios», razonaba, mientras se preparaba para alguna disputa con su noviecita. «Este marketing va a terminar con más de alguna relación», concluía.

Para su sorpresa, Zeta era alguien en el fondo demasiado original; una mezcla de posible intelectual por sus capacidades analíticas que desaprovechaba, con un aficionado a la cultura asiática (fan del entretenimiento japonés con los mangas y animes), y un humorista nato. Conseguía hacer reír a todos en clases con pequeñas triquiñuelas, que dejaban ver un refinado talento para la comedia.

Sus chistes se desarrollaban con espontaneidad y tenían como base su forma de ser, despreocupada e hilarante por su absoluta sinceridad. Hugo recordaba siempre, aquella ocasión en la que interrumpió a un docente para hacer una pregunta:

—Profesor, ¿puedo hacer una pregunta?

—Sí —respondió el docente Quijada, con seriedad.

— Pero es de la clase...

Como dando a entender que ya estaba bien con que el enseñante estuviese narrando su vida, pues ya era hora de seguir con el curso. Lo más chistoso fue la reacción de aquel señor; ofuscado, se ofendió, porque los estudiantes se aburrían escuchando sobre su vida personal, en particular si miraba Dragon Ball Z en fines de semana, o si su hija había nacido de contrabando en Estados Unidos junto con mil historias más.

En un día cualquiera, Hugo le pidió su celular a Zeta, para revisar su correo institucional y ver uno que otro documento de la universidad, pero lo que no sabía era que, toqueteando aquel smartphone, terminaría -sin querer- abriendo el historial de páginas web visitadas por el navegador. Lo que sus ojos vieron, ya no pudo ser ignorado, pues en grande, por el efecto del impacto, leyó: «Hombres desnudos».

Parecía ser que otra de las aficiones de Zeta, era buscar imágenes de hombres desnudos en Google. Hugo hizo como si nada hubiera pasado y devolvió el celular a su compañero, sin hacer algún comentario al

respecto.

Efectivamente, nunca le había conocido alguna novia a Zeta, y analizando en retrospectiva, Ramírez sabía que casi siempre paseaba por el campus, como el violinista, o tercer acompañante de una pareja. Era algo extraño de ver, pues estaban Romeo y Julieta juntos, en abrazos, y besos, acompañados de un tercer individuo que de alguna forma enrarecía la atmosfera, pero no por eso se marchaba. Zeta era muy cercano a ellos dos.

No fue hasta la llegada de los últimos años de la carrera (para la generación de Hugo), que aquel muchacho se destapó, perdiendo el miedo al qué dirán, o a alguna marginación por parte de los otros. «No importa Zeta, yo siempre lo supe, desde hace mucho tiempo, tu secreto de los hombres desnudos», pensaba Ramírez. «Eres una buena persona, y al final del día, eso es lo que cuenta». Y se reía, porque agregaba una acotación a sus pensamientos: «Pero deberías aprender a usar el navegador en modo incógnito ja, ja».

Capítulo 6

Enemigas por amor

Cuando Diana conoció a María, en las aulas de la Universidad Centroamericana, nunca imaginó que después de ser amigas, se transformarían en acérrimas rivales o enemigas, y peor aún, por amor. En toda su vida Diana, una muchacha alegre y extremadamente amistosa, no había tenido tiempo para cultivar rencillas. Ella se preocupaba por ser espontánea y aventurera, sin tomar en cuenta las opiniones de terceros. No le interesaba que a veces su personalidad —bastante única— no encajase con el rebaño.

A Diana le fascinaban una serie de pasatiempos impresionantes; amaba el baile y las peleas. Normalmente, era una persona de lo más gentil y educada, pero al momento de colocarse su uniforme y enfrentar a otra chica, en el campo de las artes marciales, de pronto se transformaba en una verdadera amazona, o si se quiere, una valquiria. En su historial, ya contaba con numerosas victorias y trofeos. Sin embargo, fuera de la arena de combate, nunca deseaba involucrarse en pleitos con otros. Más bien era una mariposa risueña, un rayito de esperanza en el horizonte, o el sol al amanecer, que despeja las oscuridades. Así era ella, hasta que su camino, sufrió un aparatoso choque con el de María.

Diana y María se conocieron, en el mismo grupo de primer año (psicología). A diferencia de la primera, María era mayor pues estaba cursando su segunda profesión, anteriormente había elegido alguna ingeniería, que poco o nada tenía en común con su nueva carrera. Evidentemente, entre las dos pesaba cierta diferencia en cuanto a edad, pero a decir verdad, María no se miraba muy mayor, tal vez fuese que estuviese bendecida con una afortunada herencia genética que le hiciese verse algunos años más joven. En todo caso, María tenía el cuerpo de una muchacha en sus años mozos, pues era delgada, incluso tal vez un poco más que Diana, quien entrenaba constantemente el lanzar patadas al aire por lo que había desarrollado una figura con piernas de mayor grosor.

La relación entre las dos señoritas, siempre había sido cordial. De hecho, cuando los docentes organizaban trabajos en grupo, solían juntarse para colaborar. Se llevaban tan bien, que no era nada extraño el observar sus reuniones en diversos espacios del campus, en los que, como un equipo de porristas, se daban palabras de apoyo y practicaban, con todos los integrantes, el contenido de las exposiciones. Ya sea en alguna mesa redonda frente a los edificios etiquetados como «C», o en algún espacio de la segunda planta de la biblioteca, que disponía de mesas grupales.

La vida da vueltas, y todo lo anteriormente descrito estaba por cambiar, con la abrupta aparición de un nuevo personaje sobre el tablero, quien

tenía por nombre Luis. Él, enigmático y curioso, se configuró como la manzana de la discordia, en carne y hueso. Acababa de llegar a la Universidad Centroamericana, proveniente de otra institución de educación superior jesuita (la Universidad Católica Andrés Bello, UCAB), establecida en Caracas.

Era venezolano, y como tantos inmigrantes, simplemente buscaba un nuevo inicio en algún espacio lejano a su apocalíptica tierra, devastada por el dichoso socialismo del siglo XXI, que había transformado el terruño del legendario Simón Bolívar en un basurero humano, controlado por una caterva de delincuentes.

Luis, un personaje con un pasado oscuro y que tal vez buscaba escapar de la miseria rampante, había conseguido aplacar la mala fortuna, aunque sea momentáneamente con un intercambio estudiantil; podría pasar un año en las aulas de la universidad dónde Diana y María asistían a clases. Al principio era un extranjero un tanto perdido, sin saber a quién recurrir. Circulaba solitario por el campus cuando el azar comenzó a tirar las cartas y en una de ellas, conoció a Anderson, apodado en la UCA como Winnie pooh, gracias a su figura redonda y rechoncha.

Winnie pooh, era de esas personas extremadamente sociales, se hacía amigo de todos con absurda facilidad. Siempre buscaba cómo trazar nuevas amistades, incluso saludando a desconocidos en alguna banca, sin que existiese un motivo. Así, había cosechado lazos con una innumerable cantidad de estudiantes, de las más diversas carreras, y así fue que se hizo amigo de Luis, aquel joven que meditaba, viendo al vacío, sentado en una banca, frente a una serie de fuentes, dispuestas casi en el centro del campus. Tal vez estaría pensando en su país y su sufrida gente, nostálgico, cuando fue interrumpido por el buen humor de Anderson, quien comentó que la red de internet de la universidad andaba mal. De allí, una cosa llevó a la otra y pronto Luis supo que aquel amistoso joven hacía años, había visitado su país, y curiosamente, no había conocido a alguien que fuese amable. Ahora, Luis limpiaba el nombre de su gente, actuando con tacto con aquel afable extraño.

Al poco tiempo, Luis ya era miembro del amplísimo círculo social de Anderson, ya que ese Winnie pooh vivía rodeado, casi que al 90 % del tiempo de personas, casi siempre mujeres. Tenía demasiadas amigas con las que sostenía tertulias todos los días. Y entre aquellas pláticas, el chico extranjero, sobreviviente del apocalipsis, era casi que una extravagancia, con la que todas querían tener algún contacto. Le llovían preguntas a Luis, de toda clase; ¿cómo era su país?, ¿qué había pasado?, ¿cómo le trataba este nuevo ambiente? A las que él respondía con tranquilidad, sin aprehensión alguna por detallar cada pormenor de la miseria a la que había escapado. Era todo un científico describiendo de sobra la

decadencia. Un «miserólogo».

Tal vez fuese Luis, efectivamente alguien atractivo o su papel de personaje trágico, lo que atrajese a las chicas. ¿O el conjunto de factores? Lo que es seguro, fue que tuvo una conexión casi mágica e instantánea con Diana, desde el primer encuentro, auspiciado por la amistad con Anderson, ya que ambos habían estudiado en la misma secundaria, y un día cualquiera, los tres se vieron cara a cara cerca de la cafetería universitaria. Un saludo, bastó para que Diana tuviese una primera impresión poderosa de aquel muchacho, que le recordaba a un rockero, cuyo nombre escapaba a su memoria. Aquel día, tras el saludo, cada quien seguiría su rumbo, sin embargo, las cosas no se iban a quedar tal cual.

El azar seguía disparando cartas, y Luis observaba que aquella muchacha pelirroja, que había saludado por unos breves instantes a Anderson, siempre caminaba por los mismos lugares que él, —ese lobo solitario— quien frecuentaba la biblioteca y la cafetería. Todo esto, no era nada extraño si se toma en cuenta que la especialista en artes marciales, también era una intelectual que pasaba embutida en la biblioteca. Por las tardes, los horarios de ambos permitían varias horas ociosas, por lo que mucho visitaban aquel espacio del saber para pasar el rato.

Sin planificarlo, los dos habían terminado por pasar sus atardeceres juntos, platicando sobre la venenosa política y la tragedia cada vez peor, en la que se había transformado Venezuela. A Luis le fascinaba ese verdadero interés que Diana demostraba, por aquel mundo tenebroso que él le introducía con sus palabras. Eran compañeros de una película amarga, de la que ambos bebían sin miedo. Además, la pelirroja le enseñaba un día a la vez, una que otra cosa del campus universitario, que Luis había explorado hasta un 95 %. Sobre todo, le encantó el lugar favorito de Diana, que se componía de una ladera verde, cubierta por grama, desde la que se podía observar gran parte de la universidad, pero por la que muy pocos estudiantes transitaban. Allí, los dos se recostaban sobre el suave césped, y contemplaban el atardecer, mientras una lluvia de cálidos rayos solares, les acariciaba el rostro.

El vínculo entre ambos crecía, arropado por las extravagancias de Diana, que un día podía darle clases de artes marciales a su amigo, y al otro, pedirle que le sujetase con firmeza de la cadera, para practicar baile.

«¡Vamos! Agárrame bien», decía en risas Diana, mientras le enseñaba diversos pases de baile, a aquel robot, que parecía olvidar las circunstancias trágicas del ayer, aunque fuese por instantes, por el ridículo del presente. Los dos reían, y al final, la pelirroja agregaba palabras dulces como:

—Lo haces bien, en serio, solo te hace falta práctica.

Aunque esas motivadoras observaciones, estuviesen reñidas con la realidad. Luis no las terminaba de creer, pero respondía como si así fuese. ¡Y cómo olvidar cuando le pidió una exhibición de artes marciales! Diana, sin acobardarse, solo le solicitó un espacio abierto para lanzar patadas. Tuvo aquel muchacho que contenerla para que ya no siguiese con su destructiva clase, en la que su cabeza peligraba con salir volando.

Estando las tres piezas sobre el tablero, todo se dirigía inevitablemente a un punto de colisión, puesto que el día en que las cartas cayeran —las tres juntas— estaba por acaecer, en una tarde insospechada.

*

Cuando a María le dijeron que iban a reunirse a las dos de la tarde, en una mesa gris, de concreto, de esas que quedaban frente a la cafetería, no se imaginó que el grupo tendría a un invitado especial. Al acercarse a la mesa, vio a todos sus compañeros, pero de pronto, al lado de Diana aparecía este muchacho, con apariencia llamativa, ya fuese porque se vestía con camisas de manga larga de un solo color, o porque algo en sus ojos, o cabello le hiciera sobresalir.

—Buenas tardes, ¿cómo están?

Saludó, pero sus ojos no se apartaban de aquella cara desconocida, muy pronto Diana se lo presentó. «¿Así que es tu amigo?», pensó María, mientras sospechaba que su compañera tenía una cercanía superior a la mera amistad con él. Su intuición femenina le hacía ver algo raro, entre esos dos que se sentaban juntos. Ya con escuchar el hablado de aquel extraño, terminó de confirmar que esa aura distinta en Luis, provenía del simple hecho de que fuese extranjero. Le concedía un pequeño pero significativo aire, que le desmarcaba de los otros. Era alguien distinto.

La tertulia entre compañeros siguió su curso, con completa normalidad, hasta que poco a poco, los integrantes se fueron dispersando, pues muchos tenían que ir a casa, para seguir trabajando en sus deberes (faltaba muy poco para la exposición, que estaba a un día). Para suerte de María, ella tenía clases por la tarde, a un horario distinto de los demás, por lo que debía quedarse por más tiempo, igual que Luis. Era su oportunidad para tenerlo a solas por un breve momento. «¡Qué fastidio! ¿A qué hora se piensa largar Diana?», se preguntaba, mientras los últimos tres en la mesa eran ellos.

Para su desfallecer, Diana parecía querer quedarse clavada en su asiento, sin el más mínimo intento por moverse. María quería un momento a solas, pero insistentemente su amiga pelirroja seguía platicando. Hasta que al cabo de un lapso de media hora, por fin tuvo que abandonar la mesa,

pues ya se le hacía tarde, y debía regresar a casa.

El inicio de las fricciones entre ambas, estaba marcado por este encuentro, en el que la mirada de Diana al caminar lentamente hacia el horizonte, regresó hacia María, quien con aire altanero y los ojos clavados a su vez en su amiga que se iba, le daba a entender: «Por fin, ¡fuera de aquí!». De la misma manera que alguien miraría con desprecio a una mosca que neciamente no cede en su afán por aterrizar en la comida. A su vez, desde lejos, Diana veía con recelo a María, quien pudo haberse ido, pero decidió quedarse allí, junto a Luis.

«¿Desde cuándo María se toma la molestia de quedarse a platicar con alguien, que hace poco ni conocía?». Para ella, lo normal hubiese sido que, tras su partida, aquella mesa se dividiera y cada quien tomara su camino. Pero allí estaba María, saboreando su victoria, sin ningún interés por moverse. Tenía a Luis para sí sola.

En efecto, María continuó conversando, y ahora con más confianza con Luis, en una charla un tanto exploratoria en la que le preguntaba sobre él. Su interés no hacía más que crecer, pues ahora descubría que aquel joven era aficionado al deporte extremo de escalar montañas, y seguro que esto estaría relacionado con su físico, ya que tenía un aspecto atlético. Con placer, disfrutó de cada foto que Luis le mostró de asombrosos lugares que visitaba en sus aventuras. Aquel muchacho con diversas facetas le estaba encantando cada vez más. Definitivamente, su intuición no fallaba y había encontrado en él, alguien especial. El problema es que pronto todo intercambio debía terminar, ya que sus clases estaban por iniciar.

En el camino a su salón, convenció a Luis de que la acompañase y mientras se movían a paso de tortuga, a través de bonitos caminos del campus que estaban rodeados con diversas plantas e imponentes árboles, pudieron todavía intercambiar algunas palabras más, y prolongar hasta la última gota, la interacción. Cuando ya se despidieron, y Luis se fue, María estuvo segura de algo; lo quería para ella.

El inconveniente, es que no había tendido ningún puente entre los dos. No le había pedido su número ni él tampoco había hecho esfuerzo alguno por conseguir el suyo. María sospechó que Luis era un espíritu libre, sin necesidad de atarse a nada ni nadie. Esto representaba un escollo, ya que no había forma de que pudiese volverle a ver, más allá de Diana, con quien no quería evidenciar absolutamente ninguna de sus intenciones o estrategias.

«El corazón quiere lo que quiere. No hay lógica para estas cosas. Tú conoces a alguien y te enamoras, eso es todo», se susurraba, como hablando consigo misma, María, mientras citaba al famoso cineasta Woody Allen. Y mil estrategias románticas y absurdas se aglutinaban en su mente, como un tren que va a toda máquina, salvo que, en este caso,

no sabían los maquinistas que los rieles desaparecían en el vacío (y uno creado por su amiga).

*

«Perfecto, allí está», pensó María, cuando divisó a lo lejos, a Luis, quien caminaba cerca de la cafetería, rumbo a aquellas exóticas joyas de la universidad —las fuentes—, que daban con un sendero que luego seguía hasta la biblioteca. En su obsesiva mente, había llegado a la conclusión de que, con algo de suerte y planificación, podía generar un encuentro «fortuito» con aquel muchacho. Solo tenía que ser paciente y esperar, como si fuese una cazadora que, en un rincón, acecha a su presa, hasta que él fuese a la biblioteca.

Comenzó a caminar, cada vez más rápido, hacia él, para tomarle por sorpresa, cuando asombrosamente, la cazadora resultaba sobresaltada por otra. Diana aparecía, desde la cafetería y saludaba efusivamente con un largo abrazo a Luis, acto seguido, ambos seguían caminando juntos, hacia quién sabe dónde. María estalló en cólera, con su semblante desfigurado y rojo, mientras aquella pareja se esfumaba alegremente. Ya no pudo reaccionar ni interceptarlos. Su mente se quedó en blanco. Aquella que alguna vez fue su amiga, ahora definitivamente era su enemiga. «Ya verás, esto no se va a quedar así», se repetía, mientras se retiraba sintiéndose vencida por su rival.

Al inicio, mil ideas insensatas circularon por su mente, pero en algún punto, una vengativa calma tomó el control de sus pensamientos. «La venganza es un plato, que se sirve frío», pensó María. Y comenzó a orquestar una diabólica estrategia, actuando en presencia de Diana, como de rutina, pero en el fondo, esperando el momento indicado para presionar el interruptor. Era una artista, una actriz nacida del rencor, que interpretaba su papel a cabalidad, con falsas sonrisas, y diálogos en clase, que ocultaban su verdadero ser, y naturaleza.

Mientras tanto, Diana, ignorante de toda esta conspiración, seguía en risas con Luis, platicando cualquier cosa, o conociendo cada día un poquito más de su devastado país, ajena a cualquier accionar embebido en el ponzoñoso veneno del odio. Caminaba directo a la trampa, trabajando en grupo con María, sin percatarse de nada de lo que estaba por suceder. Era una guerra sin que mediase declaratoria.

Cuando el semestre estaba por terminar, un día antes de la entrega del trabajo final, María se dio a la pérfida tarea de editar la portada. Con absoluta tranquilidad abrió el documento y presionó suavemente cada tecla del ordenador, mientras escuchaba música clásica, más específicamente, las relajantes melodías de Chopin, un virtuoso pianista, que bien encajaba con el asunto, pues era representante del romanticismo musical. Borró los nombres y apellidos de su enemiga, Diana, quien

dejaba de existir, (al menos, en el trabajo).

A la mañana siguiente, por correo electrónico, hacía puntual entrega de la investigación, con la succulenta trampa de que Diana había sido empujada al vacío. María no podía parar de reír, mientras le daba: «Enviar», y así, su venganza estaba completa. En el fondo, se sabía perdedora de esta guerra, tal vez había ganado una batalla, pero jamás obtendría el afecto de Luis.

Sin ser querida, y viendo cómo alguien más ocupaba el espacio que ella añoraba, su tarea estaba completa, se sentía una kamikaze que odiaba por amor, que dañaba a su rival, por cariño, y lo peor es que era por uno no correspondido, pero nada de eso le importaba. Explotaría en la trinchera enemiga, con una sonrisa en el rostro.

A la semana, cuando las notas finales fueron entregadas, recibía un mensaje de Diana, quien, sorprendida, de pronto se había visto envuelta en problemas, al obtener una nota terrible, con un rotundo cero, por no haber sido incluida en el trabajo. Había sido traicionada, apuñalada por la espada, por quien antes hubiera considerado como una amistad. El golpe había sido rotundo, e inesperado. No sabía qué hacer, y los profesores no parecían darles mucho énfasis a sus explicaciones, para corregir sus notas. María se limitó a responder con tres escasas líneas, llenas de cinismo.

Lo peor de todo, es que la delgada señorita de cabello oscuro, María, en un intento ya hercúleo, había tirado su última bomba. Al conjunto de compañeros, que de por sí ya eran chismosos, les había comentado que Luis y ella habían salido. Con lujo de detalles, narró cómo disfrutaron de una romántica velada en un restaurante vegano, a la luz de la luna, y con velas. Adjuntando toda clase de detalles, propios de un drama amoroso.

Diana no creía absolutamente en estos rumores, pero aun así habían conseguido traspasar sus defensas y generar algún daño en su corazón. Le inquietaba toda esta larga tira de comentarios, que no hacían más que crecer. Los más radicales, hasta mencionaban la posibilidad de que María se fuese con Luis a su país. Absurdos a como eran, no dejaban de perturbar a Diana.

Sin ánimos de responder a su rival, Diana tomó dos acciones; en primer lugar, le escribió para cortar todo lazo con ella, tras indicar que nunca había imaginado el tipo de persona que su ex amiga resultaba ser, la segunda fue ir con Luis y conversar sobre su reciente epopeya. Al escuchar lo sucedido, él se quedó atónito, sobre todo por lo loco y rocambolesco de los rumores. Tal vez, esta fuese la mejor venganza posible; que Diana se diese a la tarea de exponer a María, en toda su miseria, en toda su maldad, con la persona a quien ella deseaba. Enunciar con detalle sus acciones, y estrategias, para que Luis la conociese de

verdad.

Y así, quienes fuesen amigas nunca más se dirigieron la palabra. Eran conjuradas enemigas para todo el resto de la carrera universitaria, no podían siquiera verse a los ojos. Eran agua y aceite, o hielo y fuego. Dos sustancias que no se podían mezclar. Cuando Luis se marchó, porque su período de intercambio estudiantil acababa, nunca supo qué pensar de María. No la había vuelto a ver, pero, ¿realmente podía odiarla? Al final, ella, malvada y odiosa, todo lo había hecho por amor, por su cariño. ¿En la guerra y en el amor todo vale? «No lo sé», se respondía meditabundo aquel halcón libre, que sin encadenarse a nadie regresaba a su cárcel, sin guardar ninguna animosidad contra María, una mujer capaz de todo por amor. ¿Era una loca o una persona que anhelaba el cariño, como todos? «No lo sé», se volvía a responder Luis, cuando recordó una frase de algún jesuita: Fíjate que lo que uno más desea es que lo quieran; el amor es nuestra batalla siempre.

Capítulo 7

Muerte accidental

Soy un asesino, pensó Hugo Ramírez.

Era un día normal, mundanamente cotidiano, en el que el estudiante, se disponía a salir de su apartamento, situado en el Condominio Montecastelo, el 623 de la flamante colonia San Benito, una zona rosa o turística, ubicada en San Salvador, en la cual fácilmente se puede observar el creciente ímpetu comercial; hay tiendas por doquier, y nuevas construcciones de cinco, ocho, diez pisos, que se erigen desafiantes hacia el nirvana azul.

Dentro de la variedad de comercios, se encuentran una serie de establecimientos dedicados al necesario arte de brindar alimentos, porque allí donde hay humanos, siempre brotarán los lugares para comer. De tal forma que Hugo, se dirigía a buscar su almuerzo, el cual encontraría a cuatro cuadras, cerca de MARTE (Museo de Arte de El Salvador), por el redondel Italia. La tarea encomendada era simple; almorzar, lo cual no presentaba obstáculos, ya que era una rutina bastante previsible y que, transcurría sin mayor cambio. Todos los días, cruzando las mismas calles, viendo las mismas personas y haciendo fila entre oficinistas para ordenar en alguno de los locales —casi siempre desbordados por trabajadores a las doce— algún plato del menú. Poco sabía entonces, que todo estaba por cambiar en aquella fatídica jornada.

Salió de Montecastelo, con la típica chaqueta verde, sus gafas de sol y su gorra (Los Angeles), cuasi disfrazado de turista, y tras cruzar la primera calle, justo en la esquina, habiendo sobrevivido al inclemente tráfico de la capital, y sintiendo el alivio de quien termina de caminar por el paso de cebra y ya se encuentra en la acera, fue que se llevó una desagradable sorpresa. Dio un paso, y sintió extrañado, como algo suave se aplastaba debajo de la suela, algo con una textura curiosa, parecida a la de una fruta madura que, habiendo caído, ahora se encuentra suave, decadente, y fácilmente exprimible por cualquiera. Sí, eso tenía que ser, incluso le pareció escuchar un pequeño ruido, proveniente del fruto que se deshacía por el peso impuesto.

Maldición, ya ensucié mis zapatos, pensó Hugo, junto con otros improprios. Aquel día, portaba sus converse blancos, los que trataba de no ensuciar con escandalosa obsesión. Se sentía contrariado, acababa de salir y ya manaban situaciones inoportunas. Fue con esas ideas y sentimientos, que se sorprendió, al momento de verificar la suciedad del zapato, y hacer control de daños, puesto que la realidad era que había

pisado algo más, algo vivo...

En la fría y gris acera, yacía un polluelo, agonizante, adolorido, inmerso en una danza de ultratumba. Se retorció en evidente sufrimiento, eran unos movimientos que hipnotizaban a Ramírez, quien, asqueado, no podía quitar la mirada, se sentía fulminado. Le había pasado encima, como si se tratase de una hormiga, aunque esta vez no era algo que se pudiese omitir, por tratarse de un ser vivo más grande. El pajarillo, portador de un infortunio sin límites, había caído del nido debido a las lluvias torrenciales de la noche anterior. Es más, se encontraba acompañado del cadáver de otra avecilla que yacía muy cerca. Ambos desterrados del nido, y desahuciados en la cruel acera, se encontraban esperando el golpe de gracia, que muy pronto llegó.

Hugo no podía dejar de verlo, revivió con hondo desagrado la sensación de lo que creía era una fruta, crujiendo y aplastándose bajo su zapato derecho. Era un asesino. Tras el shock inicial, su cabeza comenzó a seguir el hilo de razonamientos siguientes; él va a morir, ¿qué hacer?, no hay forma de que sobreviva, entonces, ¿cómo acabar con su amargura? Alguien debe poner un alto a esta macabra escena, a este limbo. Los segundos se volvieron eternos, el animalito parecía morirse, pero no llegaba a culminar el acto. Una piedra, debo terminar con esto, recapacitó Hugo. Volteó a ver, y alrededor no había absolutamente nada, no había una sola roca que pudiese transformarse en la salvación de aquel animal. En todo caso, si la hubiera habido, ¿habría sido capaz Ramírez de lapidar a aquel desgraciado? Es una interesante pregunta.

Sin ningún peñasco cerca, solo quedaba una opción, la más desalmada y vulgar. Pisarlo otra vez, ahora con suficiente fuerza para culminar lo iniciado. La idea atravesó su mente, una, dos y tres veces, pero no pudo. Le parecía demasiado bárbaro, grotesco. Quiso hacerlo, pero algún remanente de decencia se lo impidió. Así que continuó viendo la muerte lerda, que parecía no llegar nunca. Hasta que sucedió, se quedó quieto, inmóvil. Hugo se acercó, quería cerciorarse de que así fuese, le tocó gentilmente con el zapato; no había respuesta. Sintió un poco de alivio, y a su vez, que él era un miserable. Había robado una vida.

Este tren de ideas, que parecía tomar rumbo a una estación con un solo nombre —culpa— a una velocidad furiosa, pronto se encontró visitando insospechados lugares, dando una vuelta más bien repentina y estrafalaria. El pájaro iba a morir de todas formas, y nunca fue mi intención dañarle, me ha tomado por sorpresa, si lo hubiera visto, obviamente no le daba tremenda pisada, reflexionó Ramírez. Les dio todavía otros matices a sus elucubraciones; era una muerte innecesariamente prolongada, sin sentido, estaría botado en el sol hasta morir en algún momento, o incluso un perro vendría y se lo comería, en todo caso, le he acelerado el proceso de partida. Además, nadie puede acusarme de «animalicidio», si acaso sería uno culposo puesto que no ha

mediado dolo, pero analizándolo bien, ni la tipología de "culposo" correspondería —sacó su abogado interior— debido a que he caminado como cualquier ciudadano lo haría, no existen elementos de negligencia, simplemente son situaciones inesperadas que a cualquiera le podrían acontecer —actuar conforme al hombre medio ideal—. En ese momento, los desvaríos llegaron al clímax; imás bien debería agradecerme! Yo le he liberado de su mal, de su dolor, y todo sin procurarlo.

Soy un salvador, pensó retorcidamente Hugo Ramírez.

Capítulo 8

Un discurso de mierda

Toc, toc, se escuchó, a través de una puerta que era tocada con suma delicadeza, bajo riesgo de que la persona (al otro lado) no pudiese escuchar. Inclusive, se podía sentir un ligero pavor proveniente de quien tenía el atrevimiento de incomodar, llamando a la entrada del suntuoso cuarto, en el que un señor de 79 años dormía. Toc, toc, se escuchó de nuevo, con sutileza y con ánimo comedido.

El individuo, con zapatos, pantalón y camisa formal de color rojo, un poco ofuscado, se vio en la necesidad de seguir insistiendo, solo que ahora con su voz:

—¡Oh supremísimo líder! ¿Sería tan amable de atenderme?

Del otro lado, se escuchó a alguien despertarse un poco aturdido, mientras lentamente se retiraba de su cama, con evidente desidia y pereza. Una voz anciana y enredada, finalmente respondió:

—¡Maldita sea Gastón! ¿Qué son estas horas? ¿Acaso ser el máximo dirigente de este país significa que no tengo derecho a dormir?

—Disculpe mi atrevimiento, poderosísimo líder, pero es que...

Gastón fue interrumpido, por una voz que mostraba abiertamente enfado:

—¿Pero es que no tengo derecho siquiera a descansar? Con lo difícil que ha sido gobernar esta nación por cuarenta años seguidos... ¿Un descanso no puedo tener? ¿A qué se debe que mi sueño sea interrumpido a estas horas infames?

Gastón miró su reloj -también rojo- que marcaba las nueve en punto de la mañana. Recordó que el grandísimo líder acostumbraba levantarse hasta las diez, por lo que de inmediato respondió:

—Mil disculpas no serían suficientes para deshacer este agravio, pero confío en su excelentísima benevolencia para que me perdone. Tuve la osadía de despertarle a estas horas de la madrugada para recordarle que hoy es el gran día (¡el día M!).

Efectivamente, todos los años se celebraba con pompas y carnavales, con masivas marchas en las que la soldadesca sacaba a relucir sus armas a las calles, sus tanques y avionetas, el eterno ascenso del poderosísimo, excelentísimo y valientísimo líder supremo: Maximiliano Martínez. El

propio caudillo solía decir, como si fuese una verdad absoluta: “Dos más dos dejarán de sumar cuatro, antes de que nosotros pasemos un 13 de agosto sin festejar nuestra eterna victoria, primero volarán los cerdos, antes de que nosotros nos detengamos en nuestra lucha revolucionaria”.

Todos los 13 de agosto se habían transformado en el día sagrado, en el que se recordaba la épica gesta del guerrillero Maximiliano Martínez, cuando había dado el golpe final a una terrible dictadura militar de derecha, dirigida por el general Pablo Picasso, quien había dominado por muchas décadas el acontecer y derrotero de la nación. El general resultaba ser el último de la dinastía Picasso, que a su vez había ocupado el poder durante cuarenta largos años llenos de intrigas, presidentes títeres, y toda clase de promiscuidad legal en el aparato estatal junto con infinitas conspiraciones políticas.

Todo llega a su fin, excepto yo, había dicho en alguno de sus discursos agostinos Maximiliano Martínez, desde una tarima, recibiendo un baño de adoración por parte de cientos de miles de súbditos. Como de costumbre, había emprendido la extraña tarea de ejercer como profesor, narrando tortuosamente y con escuálida gracia, la historia del país: desde los tiempos de la colonia española, mezclando hechos de hace siglos, con recientes acontecimientos en los que -a como era habitual en sus discursos- hacía énfasis en su hazaña libertadora del pueblo, al derrocar a los infames Picasso. Los poderosos caen, excepto yo, repetía Martínez, frente a un maremoto de personas que gritaban: “¡MAX POR SIEMPRE Y PARA SIEMPRE!”. Claro está, a todos los asistentes se les daban migajas para que formasen parte del acto: muchos estaban famélicos y el 13 de agosto, por fin podían acceder a un plato de comida decente, luego de soportar un larguísimo discurso del cantinflasco Maximiliano Martínez. Aunque, a decir verdad, una parte de los asistentes sí eran asiduos fanáticos, y adoraban celebrar el día M.

Los más fervorosos seguidores, incluso optaban por vestirse permanentemente de color rojo -a como hacía Gastón-, con tal de agradar más al líder, pues era su tonalidad favorita. De hecho, la capital del país se vestía absolutamente de rojo, lo que se reflejaba en calles, edificios, casas, instituciones, y no se diga ya de los numerosos monumentos dedicados al gran jefe, en los que posaba montando a caballo, o jugando ping pong -su deporte favorito que era obligatorio en todas las escuelas-, o viendo al horizonte, o con cualquier tipo de arma en sus manos. Había una estatua en la que portaba una katana, a pesar de que en su vida Maximiliano hubiese batallado con una espada oriental ni supiera empuñarlas.

Gastón -el ser más lambiscón del planeta-, fungía como secretario del supremo jefe, aunque su cargo se correspondía formalmente al de “presidente del gabinete”. Entre todos los ministros -la servidumbre del caudillo-, se había configurado como alguna especie de sirvienta #1, que

dirigía al resto del equipo. Si se quiere ejemplificar con mayor claridad, Gastón era una meretriz, siempre dispuesta a ser montada por el patrón, capaz de contorsionarse en las poses más extravagantes, con tal de brindar placer a ese arrugado señor de 79 años. Si hubiera podido, Gastón habría sido infinitamente feliz de tener el privilegio de bañar al grandísimo líder, y lavar sus gloriosísimas nalgas. A tal nivel llegaba su fanatismo que usaba calzoncillos de color rojo, aunque esto no se lo mencionaba a su dios del olimpo marxista.

Entre los más acérrimos seguidores del vetusto Martínez, se difundían miles de mitos: cuando Maximiliano se tiraba pedos, estos olían a perfume a causa de un intestino especial con el que había nacido; el supremo líder nunca dormía, solo fingía que descansaba para no hacer sentir inferiores al resto de seres humanos; nunca había experimentado un dolor de cabeza en su vida; la primera palabra de Martínez no fue "mamá", sino "revolución"; en un enfrentamiento con la guardia de Picasso, había vencido a toda una unidad, con una sombrilla, a falta de munición para seguir disparando con su AK-47.

El 13 de agosto (de este año), en una tarima colocada frente al Palacio Maxional (alguna vez llamado nacional), se preparaba nuevamente el inefable Maximiliano, para despotricar en contra del imperialismo, y llamar a Estados Unidos el "eje del mal" (aunque todas las mañanas cumplía su rito de acostarse en una bañera repleta de billetes norteamericanos, y consuetudinariamente visitaba Las Vegas para disfrutar de todos los vicios habidos y por haber), cuando algo salió terriblemente mal, pues sus cálculos no involucraban un movimiento sísmico en su vientre, que de repente se dirigía a sus intestinos.

Debe ser un pedo, reflexionó, mientras seguía de pie frente al micrófono con más de cien mil personas escuchando atentamente cada incendiaria oración en la que lanzaba ráfagas verbales en contra de Naciones Unidas, la OEA y el resto de organizaciones internacionales; todas títeres del imperio, todas enemigas de la revolución.

El problema se generó cuando los movimientos intestinales se convirtieron en un campo de batalla, sacudido por granadas y minas que explotaban, accionadas sin consentimiento. Sin poder resistir más el embate, Maximiliano Martínez decidió retirarse de aquella batalla que perdería, por lo que soltó el pedo, sin apreciar que una mancha café se deslizaba por su pantalón blanco. Se había cagado a la vista de todos sus ministros, de todo el pueblo que le observaba desde la plaza, o desde sus hogares donde todos los canales obligatoriamente debían transmitir el discurso por televisión, o desde todas las plataformas de internet que eran controladas por el Instituto de comunicación revolucionaria. En total, millones habían sido testigos de la bochornosa escena.

El mismísimo Gastón, que se situaba a la derecha de su amo, arrugó la cara cuando sintió el petulante olor a excremento, como si fuese abofeteado por un enemigo invisible, y uno muy hediondo. El jefe, ajeno a la realidad, siguió con su letanía en la que ahora se dedicaba a adorar todas las virtudes del comunismo: era el sistema salvador de los pobres, el magnánimo origen de un nuevo Estado socialista en el que no había lugar para una élite burguesa (pero sí para una revolucionara). "¡Ser rico es maaaaaalo!" chilló el supremo líder, agitando su adiposo cuerpo, lo que a su vez hacía crecer a la insurrecta serpiente marrón que se extendía entre sus redondas nalgas.

Aterrorizado por aquella operación de sabotaje en contra del grandísimo líder - ¿algún agente del imperio habría viajado hasta el país rojo con el objetivo de alterar el almuerzo del revolucionario inmortal en aquel 13 de agosto? -, el presidente del gabinete se acercó al furibundo y cagado Martínez para quitarle el micrófono, intentando susurrarle al oído que era necesaria una retirada táctica.

Sorprendido por semejante insulto, y casi como que, si una alimaña trepase por su brazo, el mesiánico -vestido totalmente de blanco, y ahora con una larga mancha café en la parte de atrás- Maximiliano dio señas a sus numerosos guardaespaldas, para que en cuestión de segundos esos gorilas quitasen de su vista al molesto Gastón.

Después de un discurso maratónico y con olor a mierda, que se prolongó durante todo el atardecer de aquel fatídico 13 de agosto, el gran líder se sentó, como si nada hubiera pasado y se quedó dormido, mientras las actividades agendadas proseguían; fuegos artificiales, marchas de unidades especiales de la policía revolucionaria, junto con el comando rojo del ejército (también revolucionario).

Los problemas surgieron al anochecer, cuando el dios del olimpo y de la equidad social, -enemigo del capitalismo-, se dio cuenta en su castillo - también rojo-, que numerosos ciudadanos se mofaban de aquel deplorable acto, que en la historia llegaría a ser un inolvidable 13 de agosto.

Al día siguiente, en la portada del diario oficial -el único del país-: El Revolucionario, se leía en grande: "Presidente del gabinete coopera en un atentado contra el líder supremísimo". De tal manera que la fiel hetaira (Gastón), ahora se había convertido en un insidioso conspirador, agente del imperio, que había organizado una subversiva acción para hacer quedar mal al primerísimo comandante de la nación. Junto con el arlequín caído en desgracia, el César bananero decidió ordenar una investigación, mediante sus unidades de inteligencia del ejército revolucionario, quienes revisaron las grabaciones del 13 de agosto (en el país, se decía que no había un rincón que no estuviese siendo espiado y vigilado por el bien de la revolución), dictaminando que 20 000 personas en algún momento habían osado reírse del padre de la patria (se utilizó un programa de

reconocimiento facial de última generación para identificar a quienes tuvieron el desacierto de soltar una carcajada).

De acuerdo al marco legal vigente, con la ley de comportamiento patriótico y revolucionario, todos fueron condenados a muerte. Desde la pasada ocasión en la que Maximiliano se había caído torpemente en una tarima, hacía diez años, se había creado la pena capital, por el gravísimo delito de "injuria antipatriótica contra el gran jerarca", que involucraba en uno de sus numerosos acápite, la acción de reírse del primerísimo mariscal, canciller, protector, y mil calificativos más que ostentaba Maximiliano Martínez.

Para finales de agosto, los fanáticos del poderosísimo, humildísimo, e inteligentísimo heredero de Karl Marx, Engel y Stalin, charlaban a menudo de aquel chapucero montaje en el que el eterno enemigo (el imperio), había usado hologramas para hacer ver como si en medio del discurso, Maximiliano Martínez había soltado heces en sus pantalones. Reunidos en sus aquelarres del partido, los militantes del PR (partido revolucionario) reían como hienas mientras recordaban: "Pero si el líder lleva veinte años sin ir al baño, gracias a su especial intestino, ¿quién se pudiera creer ese triste embuste de los enemigos de la revolución?".

Al contrario, las organizaciones internacionales se escandalizaron cuando informes apocalípticos, propalados clandestinamente por algunos disidentes desde el país rojo, describieron la escabrosa desaparición y posible ejecución de más de 10 000 individuos, desde el "evento" acaecido en aquel tufoso 13 de agosto. Entonces, las humanistas (y ultra defensoras de la dignidad humana) organizaciones no gubernamentales, junto con la comunidad internacional, se dedicaron a batallar con toda su contundencia y poderío para rescatar la dignidad profanada de las machacadas víctimas. Era el momento de reivindicar la vida; esta no podía ser extinguida como si se tratase de pequeños barcos de papel que desaparecen ante una profusa lluvia. Dicho lo cual, las heroicas ONG, OEA, ONU y otros organismos -que ocupan todo el abecedario- se dedicaron a discutir el terrible asunto durante seis meses para terminar con una conclusión muy puntual: emitieron tres resoluciones de denuncia y condena. Era una cantidad récord. Muy satisfechos, todos se dieron la mano y se abrazaron frente a las cámaras, para aparecer en las portadas de todos los medios de comunicación del mundo (al menos, el civilizado). Habían "trabajado sin descanso en nombre de las víctimas".

Cuando las resoluciones fueron notificadas, el supremo líder, que estaba en uno de sus comunes trances, viendo al vacío en su despacho, esbozó una gran sonrisa.

—Ya era hora, ¿podrían ser más lentos? ¿Qué no saben que soy un ser

que no puede ni debe experimentar la espera?

Las últimas resoluciones de condena por violaciones de derechos humanos, no fueron leídas, de ser así, Maximiliano Martínez se habría enterado de que era acusado de genocidio (por cuarta vez). Inmediatamente fueron dobladas con una maestría excepcional: al líder del país rojo le gustaba practicar la curiosa disciplina del *origami*.

Las tres resoluciones, muy pronto sufrieron una metamorfosis digna de *Kafka*. Fueron transfiguradas hacia: un perrito, un gato y un ratón. Luego, se unieron a una vasta colección, dentro de un cuarto inmenso (de color rojo) en el que, con suma diligencia, Martínez guardaba su legión de serpientes, tigres, tanques, aviones, barcos, pájaros, pingüinos... Todos de papel, y tomando como materia prima las resoluciones internacionales de condena por violación de derechos humanos. Completaban estantes enteros de vidrio, en los que metódicamente ordenadas, guardaban reposo mil criaturas de papiro con una harta variedad de miembros incrustados en sus vientres, lomos, patas, entre otros.

Para la próxima entrega de papelitos, ya habré aprendido cómo hacer tiburones, pensó Maximiliano... Agregó a sus ideas: tal vez debería desaparecer otros 20 000 agentes terroristas, golpistas, financiados por el imperio, para agilizar un poco las cosas... ¡Y dejar de comer tanto caviar!

Capítulo 9

El inicio de una guerra entre dos escritores

—Eres una espada sin filo —dijo con su voz tan tranquila y monótona, aquella diosa de la escritura.

Prosiguió:

—Si no lo deseas con todo tu ser, con cada ápice de quién eres... Jamás lo conseguirás. Esa es la diferencia entre vos y yo.

Y luego se retiró, tan altanera y orgullosa como ella solía ser. Dejándome en ridículo, sin que mis pobres neuronas tuvieran la capacidad suficiente para diseñar una respuesta inteligente para contraatacar.

*

Hugo Ramírez se sintió tonto, pues había aguantado una larga fila en la central de El Rincón Literario para finalmente conocer a la talentosa y joven escritora Daniela Guzmán. Con tan solo 20 años, ya había dado el grandísimo salto hacia la fama literaria, por haberse convertida en una escritora a tan temprana edad (todavía estaba en la universidad). En este evento, dentro de las paredes blancas de aquel edificio de tres pisos, en el que los libros se extendían por doquier, ahora Daniela publicaba su primera obra y se presentaba al público, pues ella no contaba con redes sociales, ni era partidaria de las entrevistas. Su rostro ni siquiera aparecía en su libro. Era una autora que no gustaba de las cámaras, y esto no hacía más que incitar a Ramírez a acudir a ese evento para conocerla. Cuando finalmente, su curiosidad pudo ser satisfecha, se dio cuenta de que aquella misteriosa Daniela era la misma muchacha con la que había compartido una clase electiva, en la Universidad Centroamericana.

Era una estudiante de la licenciatura de historia del arte, con mención en letras. Hugo podía recordar claramente que ambos habían sostenido una amarga discusión, ya que él había sugerido que estudiar esa carrera en el contexto de un país del tercer mundo solo podía acabar de forma trágica: experimentando hambre. ¿Con qué cara ahora le pediría su autógrafo a Daniela?

Pero todo transcurrió con una inquietante normalidad, puesto que, llegado su turno, ella procedió a firmar y él a agradecer como si no se conociesen. Ambos fingiendo con buenos dotes actorales que eran una escritora y un lector como cualquier otro. Salvo que Hugo no le dijo su nombre, ella tomó el libro y le escribió una dedicatoria sin que su mano tuviese un solo indicio de duda. Era un pequeño detalle que les delataba. Se conocían. Irónicamente, redactó: "Para mi mayor fan, Hugo Ramírez, quien aprecia

con desmesura la historia del arte”.

*

Las memorias que guardaba Hugo, sobre aquella muchacha de lentes, ensimismada y pensativa, ahora dejaban de tener un sabor a sal por la discusión que tuviera lugar hace algunos semestres. Al leer su exquisita novela, Ramírez se daba cuenta de que ella se ganaba su simpatía, a razón de que su escrito le hubiese procurado tanto entretenimiento. Ahora, las viejas memorias se endulzaban un poco, y la nueva impresión de ver a Daniela como una escritora que triunfaba en lo que él anhelaba desde el año pasado, le hacía ilusión. Ella se había convertido en su modelo a seguir porque: “si ella pudo, eso significa que yo también tengo posibilidades”.

Hugo estudiaba Derecho, pero desde hacía un tiempo -¿cuándo fue exactamente que comenzó ese capricho por la escritura?- fantaseaba con publicar cuentos, novelas, poemas, ensayos, artículos de opinión y una gran variedad de obras jurídicas (manuales, proyectos de ley, nuevas constituciones). Quería ser famoso y expandir sus ideas a través de infinitas mentes, como un virus que se propala por la faz del planeta. Deseaba entretener a miles de personas, en todos los idiomas posibles, pero estos sueños grandilocuentes más bien parecían ridículos. Era solo un estudiante, próximo a terminar su carrera, y a sufrir en las dunas de un sofocante desierto conocido como “El desempleo”. Las posibilidades de conseguir un contrato con una editorial eran nulas, y todavía peor, no sabía si tenía el talento suficiente para lanzarse a esa exigente tarea de narrar historias.

Repentinamente, Daniela, la muchacha que siempre estaba leyendo o escribiendo en su tablet, se había transformado en un faro que ilumina el camino a seguir para un marinero que busca atracar en el puerto, en medio de una tormenta que no deja apreciar qué rumbo tomar. Si ella pudo, yo lo haré, se repetía Hugo, quien ahora sentía aflorar sinceras simpatías por la señorita Guzmán.

Con mayor afán, comenzó el jurista a escribir todo tipo de tonterías: historias cursis y románticas, argumentos de ciencia ficción bastante delirantes y una que otra comedia, en clave de humor negro; uno ácido y no apto para todo público. Cada día, se sentía un pellizco más escritor. A pesar de ser un simple mortal que garabateaba letras, como cualquier persona dentro de los miles de millones de emisores de mensajes sin mayor pretensión que se envían a diario.

La oportunidad para poner a prueba su arrebatado literario no tardó mucho en llegar. La Universidad Centroamericana convocaba a un concurso en el que los participantes debían escribir un pequeño ensayo de 10 páginas con respecto al tema de la pandemia. El jugoso premio al primer lugar

consistía en la suma de 400 dólares americanos, nada despreciables desde el punto de vista de Ramírez junto con la mayoría de universitarios que se lanzaron a por ellos. Incluso quienes en su vida habían escrito una carta de amor siquiera, ahora se arrojaban como piratas en la búsqueda del botín. El dinero hace maravillas en cuanto a motivación concierne.

Las inscripciones eran en línea, y no requerían ningún trámite especial, simplemente había que leer las bases del concurso, ingresar al link correspondiente y registrarse en la plataforma de la universidad que había sido especialmente dispuesta para tal evento (el EVA, cuyas siglas significaban entorno virtual de aprendizaje).

Para finales del primer semestre, a mediados de julio, se debía de cumplir con el envío del ensayo, que luego sería examinado por un tribunal integrado por numerosos docentes -todos sobresalientes decanos- de la facultad de humanidades. En especial, la evaluación de las obras daría énfasis en sus criterios a la originalidad por parte de cada autor para brindar propuestas que pudiesen convertirse en maravillosas iniciativas con respecto a la nueva y extraña realidad, concerniente al nuevo virus. Era la ocasión para que todos escribiesen desde el ingenio y la practicidad.

Como siempre, Ramírez terminó escribiendo mil cosas que nada tenían en común con un bizarro virus. Cuando se percató, la fecha de entrega estaba muy próxima, y como aquellos estudiantes que tratan de salvar el semestre a última hora, se catapultó al santuario de la biblioteca.

En aquel edificio, con estantes etiquetados en los que mil saberes aguardaban mentes jóvenes, se resguardó como si fuese una trinchera, el aspirante a comandante de las letras, Hugo. Había elegido una mesa pequeña, de las que habían sido dispuestas para que los estudiantes leyesen individualmente, sin la menor perturbación. El ambiente emanaba quietud y silencio; todos estaban envueltos en aire acondicionado, que liberaba al cuerpo del bochornoso calor de la capital. En una semana, Hugo no desfalleció en sus cortas pero provechosas sesiones de escritura en la biblioteca, aunque no sin remarcar que Daniela Guzmán tenía la extraña habilidad de ser omnipresente en aquel espacio.

Ni una sola vez había acudido sin verla repitiendo la incesante escena en la que, sin voltear a ver a nadie y sin desperdiciar un segundo de atención, aquella muchacha de suéter -debía de ser friolenta- se obstinaba en dos simples, pero poderosas acciones: leer y escribir. Infatigablemente leía innumerables obras de las más distintas clases, mientras escribía en su laptop, y de vez en cuando interrumpía la rutina para realizar anotaciones en su tablet.

Hugo había pensando en más de alguna ocasión en solicitarle consejos para escribir, pero no pudo hacerlo. Después de todo, le parecía estúpido

pedirle ayuda a una persona que realmente era una conocida, con quien no tenía la mínima intimidad ni confianza para pedir favores.

Ambos se acostumbraron a la rutina de percatarse de sus presencias en aquel espacio, aunque si se considera el volumen de horas que Daniela transcurría en aquel olimpo de las letras, más bien las estadías de Hugo eran esporádicas visitas que podían durar entre 40 minutos y una hora por las tardes, cuando aquel estudiante salía de sus respectivas clases.

El día de la entrega de los ensayos, Ramírez se sintió confundido, pues estaba nervioso pero satisfecho. Después de sus presurosas visitas en la última semana a la biblioteca, había quedado contento con su esfuerzo vertido en el escrito. No sabía cómo sería evaluado por el jurado, pero tenía la certeza de que había volcado su alma en aquellas palabras. Su espíritu y su corazón habían disparado elocuentes oraciones y párrafos en los que se analizaba rigurosamente la desgracia del dañino virus que no dejaba de ser el tópico del año por sus peculiares síntomas... Ahora solo quedaba esperar el anuncio con los ganadores.

Para inicios de agosto, se reunieron todos los participantes en el aula magna, que había sido especialmente dispuesta para recibir a una multitud de universitarios, sedientos de dólares frescos y reconocimientos. Dicha aula era tan amplia y espaciosa que tenía la suficiente cantidad de asientos para que los cientos de estudiantes que se había inscrito pudiesen estar presentes. Evidentemente, si el virus hubiese sido uno mortal, esta reunión no hubiese sido posible pero sus achaques se limitaban a una temporal pérdida del olfato y sueño, que hacían perder la cabeza a todos los científicos y estudiosos del mundo, por tan anormales síntomas.

Con el mal gusto de siempre, los organizadores no dejaron escapar ni una oportunidad para hacer de aquel evento, lo más extenso posible, alargando hasta la necedad el anuncio sobre quiénes habían alcanzado a ser premiados.

Centenares de estudiantes se aburririeron: revisaron sus redes sociales, textearon con personas que a lo mejor estaban al lado y se preguntaron a quién matarían los aires acondicionados de ser sorpresivamente botados por algún terremoto... Hasta que, tras una hora y media, se anunciaron las decisiones del jurado: Daniela Guzmán había quedado en primer lugar y no solo eso, sino que había barrido con total contundencia a la competencia.

Ella se aventuró a escribir una peregrina historia en la que un virus hacía que las personas contagiadas se volvieran adictos al baile, moviendo sus cuerpos sin control. Con un mensaje absurdo al inicio, pero inteligente en el fondo, había redactado una ingeniosa metáfora de 10 páginas en la que un tema serio como la propagación de un virus, al mismo tiempo se diluía

en una comedia irreverente, creativa y antojadiza.

La idea de un virus que obligue a las personas a bailar... A nadie normal se le habría ocurrido escribir sobre eso, y precisamente, había que ser especial para poder redactar semejantes disparates que terminaban siendo genialidades. Por su parte, Hugo soportó con apesadumbrado espíritu que en aquella tarde su ensayo no llegase a ningún lado. No era un ganador, a él solo le tocaba ejercer su rol como mero espectador frente a la magia de los demás. Su puesto estaba del lado de quienes aplaudían a los triunfadores. Solo eso.

Por la noche, cuando recibió un correo con las anotaciones sobre su ensayo que era puntuado con 6/10, además de una breve explicación que en pocas palabras decía que era un aporte: regular, anodino y obtuso, todo le pareció derrumbarse. Y es que los sueños en algún punto de nuestras vidas terminan arremetiendo en nuestra propia contra, cuando nos traicionan al no materializarse. Ramírez se durmió sintiéndose patético. No siguió escribiendo durante todo el mes de agosto.

A mediados de septiembre, cuando se acercaban los temidos exámenes de Derecho corporativo, Hugo se acercó nuevamente a la biblioteca. Parecía que nada cambiaba en aquel lugar, distante del tiempo y el espacio. Los libros en sus trincheras, las personas que venían y salían en una eterna danza, y el sordo murmullo que acariciaba las orejas en las sesiones de estudio grupales. Todo encajaba, incluyendo naturalmente a aquella estatua de lentes y mirada perdida: Daniela Guzmán, la eterna visitante del templo de las letras.

Por alguna razón, ya fuese la necesidad de compartir su desdicha o la simple curiosidad, Ramírez se dio cuenta de que quería hablar con Daniela. Deseaba pedirle consejo sobre su estilo de escritura. ¿Qué hacía ella para producir tan impecables y bellas obras literarias? ¿Qué podría aprender de aquella muchacha que sonreía al leer? Su fórmula mágica debía de ser compartida.

Pero en un irónico giro, lo que Hugo escuchó de Daniela no fue placentero. Luego de que ella le pusiese atención detenidamente, la apacible joven miró a lo lejos y tras unos segundos, como volviendo en sí, rompió las cadenas del silencio: disparó sin guardarse nada. Explicó con lujo de detalle lo que hacía mediocre a su interlocutor, le dijo por qué él fallaba y, sobre todo, insistió con una sorpresiva pasión en que -a su manera de ver-Hugo Ramírez no era digno de las letras. Mientras él las disfrutaba como si fuesen un dulce chocolate, ella las respiraba como el oxígeno sin el que no se puede vivir, como el agua en el desierto o un rayo de sol para quien se encuentra en la más abyecta oscuridad.

—Eres una espada sin filo —dijo con su voz tan tranquila y monótona,

aquella diosa de la escritura.

Prosiguió:

—Si no lo deseas con todo tu ser, con cada ápice de quién eres... Jamás lo conseguirás. Esa es la diferencia entre vos y yo.

Ella no tenía lugar para la duda, o tal vez había seguido avanzando -a pesar de sus miedos- en un camino incierto del que no planeaba huir. Era una apuesta del todo o nada a los libros y arruinar su vida era un precio que estaba dispuesta a pagar. Morirse de hambre escribiendo o triunfar, no quedaba otra opción. Su deseo por escribir, su atracción magnética hacia las historias, eran impulsos que le daban movimiento a una fuerza imparable. Una explosión volcánica que no tenía ni punto de comparación con los tristes quejidos literarios de Hugo. Ella ardía mientras que el despeinado jurista era una llama apagada -casi extinta- de la que apenas quedaban algunas chispas en el fondo.

Cuando la figura de Daniela se retiraba por el horizonte, hacia la salida de la biblioteca con el atardecer en frente, Hugo pudo escuchar una última refriega verbal:

—Ojalá te haya gustado mi libro.

El tigre herido que lamía sus heridas, se vio todavía más lastimado por aquella cazadora. “¡Maldita sea, sí me gustó!”, pensó Ramírez. Todavía más despeinado que de costumbre, se quedó callado. No sabía qué responder, pero en su mente, un pensamiento o una viciosa idea se fundía al calor de profundas emociones: deseaba escribir algo maravilloso, celestial, incomparable y demostrarle a Dani que se equivocaba, y mucho. Ella no era la única que podía dominar las letras y doblegar las palabras a su voluntad. Hugo sospechaba que ella subestimaba el poder de los mediocres, de los que no son nada ni nadie, pero que lo desean todo. Una profunda rivalidad literaria estaba por nacer. ¿El esfuerzo podrá vencer al talento? ¿Los de abajo algún día alcanzarán a los de arriba?

